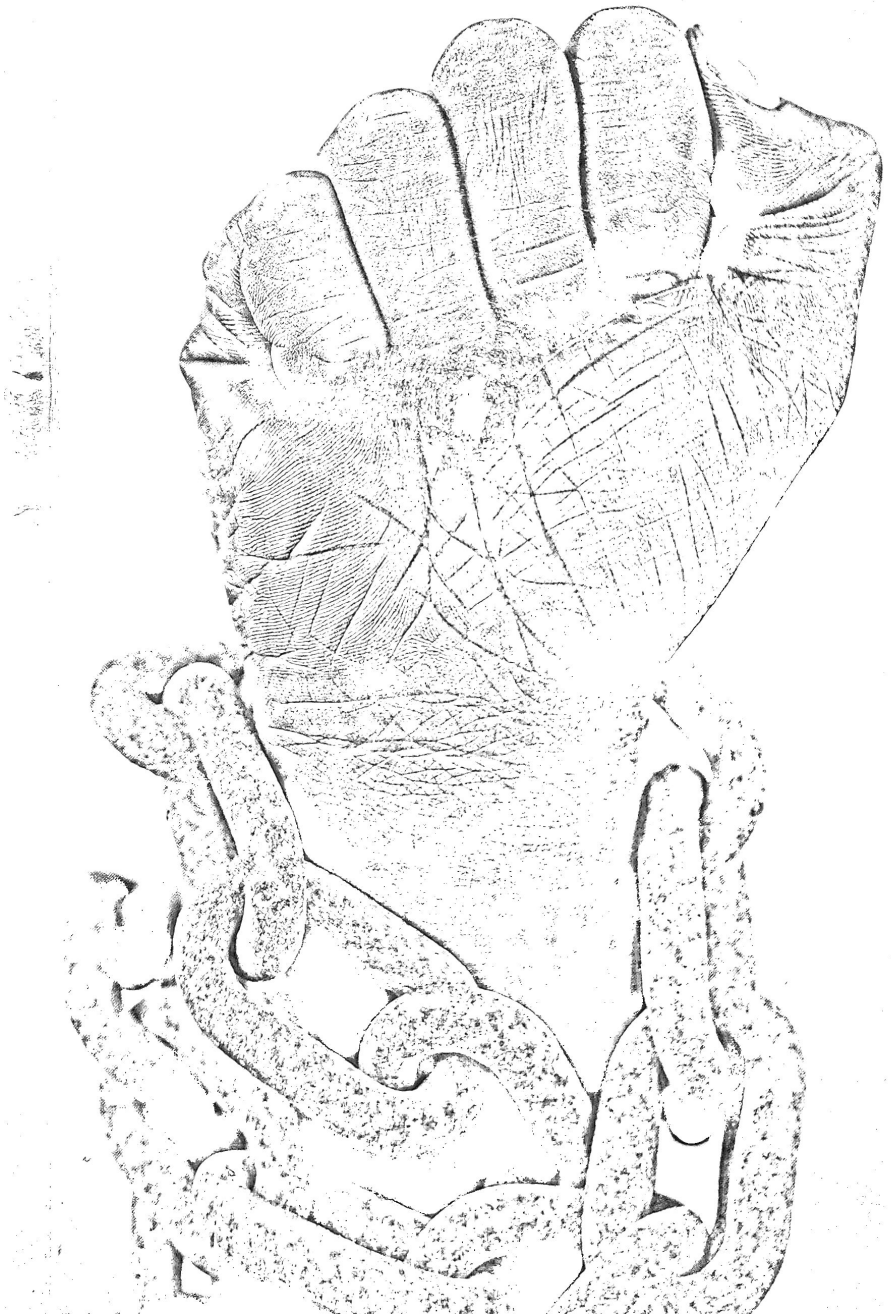
EL MAPA DE LA NOCHE

César Sánchez Beras



César Sánchez Beras

Poeta y contador de historias. Nacido en Santo Domingo, República Dominicana, en 1962. Doctor en Derecho por la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD) y Maestría en Pedagogía por Framingham State College. Ha publicado poesía, cuentos, teatro y novela; gran parte de su obra ha sido traducida al inglés y al italiano. Sus reconocimientos incluyen dos premios por piezas dramáticas, tres por literatura infantil y siete por poesía. Es colaborador de la Academia Norteamericana de la Lengua Española [ANLE] y miembro de la Unión de Escritores Dominicanos [UED]. Vive en Massachusetts; y es el padre de Laura, César, Katie y Penélope.

En **Loqueleo** ha publicado los cuentos *Los cocuyos de Jarabacoa y El mago, Mami, por qué no hay clases en abril, Un Marinero de diez años* y *Operación Ozama*; los libros de poemas *De la A a la Z, El Sapito Azul* y *Sapito Azul y el misterio sonoro*; las obras de teatro *Érase una vez la Patria, Todos al tribunal* y *Sorpresas de carnaval* y la novela *Al este de Haití.*

www.loqueleo.com/do

Título original: EL MAPA DE LA NOCHE
© 2024, César Sánchez Beras
© De esta edición:
2024, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.
Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue
Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana
Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-24-553-0
Impreso por Editorial Nomos S. A.
Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Primera edición: 2024

Directora Editorial: Claudia Llibre
Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana
Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

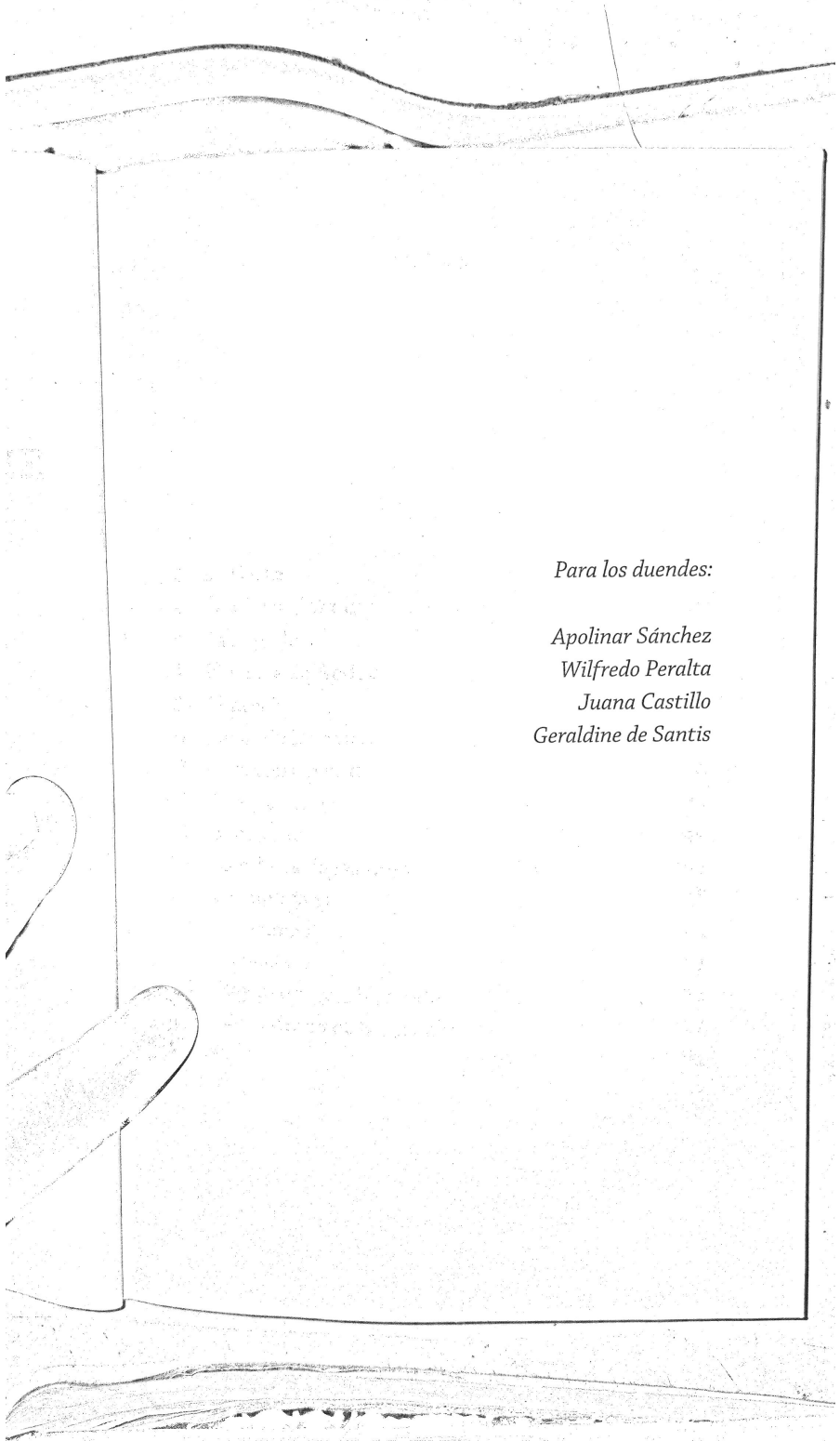
Edición: Jorge Luis Zamora
Corrección de estilo: Gisela Vargas Ortega
Diagramación: Ana Gómez Otaño y Nayrobis Espinal Tolentino
Ilustraciones: Grabados del siglo XIX: Istockphotos y Gettyimages

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni trasmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

EL MAPA DE LA NOCHE

César Sánchez Beras

loqueleo

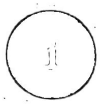


Para los duendes:

Apolinar Sánchez
Wilfredo Peralta
Juana Castillo
Geraldine de Santis

Índice

1	La fiesta	11
2	La ribera del río	16
3	La llegada	22
4	El padre de Abdou	26
5	El precio	31
6	Pasando las raíces	36
7	La tercera patria	42
8	Oro y azúcar	45
9	El ingenio	49
10	La cabeza de las niñas	53
11	Los nombres	58
12	El carimbo	63
13	La noche	67
14	Hay que seguir bailando	73
15	El comienzo de la revuelta	77
Glosario		83



La fiesta

El ruiseñor se niega anidar en la jaula, para
que la esclavitud no sea el destino de su cría.
GIBRAN KHALIL GIBRAN [1883-1931]

Abdou no tenía certeza de lo que ocurría aquella mañana de diciembre, pero algo grande estaba sucediendo o estaba por acontecer. Los adultos habían sido sacados a meros empujones de las barracas donde dormían, cuando el sol aún tardaba en dar señales de aparecer en el oriente. Las hembras estaban a medio vestir y con el pelo en total alboroto; y los varones apenas se cubrían con una trusa que los tapaba medianamente.

Desde el inicio de aquella madrugada, estaban trabajando con una diligencia y prontitud mayor a lo acostumbrado y jamás vista en la hacienda. El caporal Francisco de la Vega corría de un lado a otro enardecido y con cara de pocos amigos.

Su uniforme de aspecto desaliñado no correspondía con su habitual manera de llevar el atuendo, más bien parecía una caricatura de un soldado de la realeza. Tenía la camisa a medio abotonar, los galones del rango casi desprendidos, los cordones de las botas sin atar y el cinturón de donde debía colgar el sable estaba desprovisto del arma, por lo cual solo acosaba con los golpes de la fusta y del fuete.

De tan solo verlo en esas condiciones, todos entendieron que el caporal Francisco de la Vega también estaba atravesando un día difícil o, al menos, complicado.

Se apeaba del caballo y arreaba un grupo de hombres hacia el granero; montaba de nuevo y se encaminaba al río Nigua, para regresar dando órdenes, mezclando gritos y maldiciones con golpes de fusta y palabras descompuestas.

—¡Apúrate, negro idiota! —explotaba la voz del caporal. Luego remataba con otro exabrupto—: Si vuelvo a repetirlo, lo lamentarás todo lo que queda de tu maldita existencia.

Los primeros negros fueron conminados hacia la bodega principal que estaba en la parte trasera del ingenio azucarero. Una docena de hombres descalzos y sin camisa cargaban sobre sus espaldas bandas de reses recién destazadas para llevarlas hasta la cocina de la hacienda. Ahí eran recibidas por un contingente de cocineras comandadas por otra negra ladina y por la patrona. El olor de la carne de res condimentada arropaba la hacienda. El aroma de las viandas que hervían sobre un fogón de grandes proporciones se unía a la esencia del estofado, propagándose con el viento del invierno que empezaba, cruzando a través del patio y colándose entre las hendijas de las paredes del barrancón.

Un grupo menor regresaba de la bodega empujando las carretas donde venía el alcohol artesanal, que había sido elaborado a partir de la fermentación del jugo de la caña.

Otro bloque de hombres levantaba una enramada con techo de yagua que serviría de lugar anexo entre la cocina

de la hacienda y la sala principal, para colocar de manera provisional la comida que sería servida a los comensales invitados. Una suculenta sopa de aves de corral era el entremés. El pan matizado con manteca y ajo molido remataba la entrada, para dar paso al filete de res y cochino, cocido a la brasa desde bien temprano en la mañana.

Cuando Abdou terminó de entender lo que estaba ocurriendo, se calmó y tuvo un asomo de alegría: todo aquel alboroto era la preparación de una fiesta. Quizás, a él y los demás miembros de la barraca les tocaría disfrutar del manjar que se estaba preparando. En realidad, ni él ni los demás negros estaban invitados. Una vez terminada la jornada de trabajo que había iniciado en la madrugada, serían devueltos a empujones hacia donde permanecerían hacinados y hambrientos. Quizás alguna de las negras que estaban a cargo de preparar la comida, en un trasiego sigiloso, les haría llegar algo de aquel banquete, pero no era seguro.

Aunque la patrona de la hacienda daba órdenes y mostraba su poder, en realidad toda la preparación era responsabilidad de Adaeze. Junto a ella, la negra Degá mostraba su experiencia de vieja cocinera y conocedora de los gustos culinarios de los europeos. Degá también era ladina. Había sido comprada por don Diego; y su mansedumbre había ganado la confianza de los amos. Era grande y algo obesa, de manos pequeñas y diligentes.

Con ojos redondos y vivos y como la mayoría de los esclavos, solo hablaba cuando se le preguntaba directamente.

El primer coche con algunos de los invitados arribó a media tarde. Era la familia Balboa, viejos amigos de los dueños de la hacienda. La señora Balboa estaba vestida de blanco reluciente, y su esposo vestía completamente de azul claro. La hija del matrimonio era una chiquilla de algunos siete años, y el varón casi rondaba la adolescencia. El esclavo que conducía el coche se apresuró a bajar para abrir la portezuela. Cuando todos descendieron, ató la rienda del alazán al dogal que estaba colocado frente a la casa; y siguió a los terratenientes llevando unos regalos y un laúd que serviría para el entretenimiento de la noche.

En un momento de descuido del caporal, Adaeze —la madre de Abdou— atravesó a toda prisa el patio inmenso que separaba la cocina de la hacienda de la barraca. Llevaba escondido, dentro de su mandil, un trozo de asado y un pedazo de pan, para que su hijo tuviera la primera comida del día, pues ella no tendría hora de regresar una vez llegaran todos los invitados.

Abdou no había salido de la barraca. Espiaba todo el tumulto de la hacienda, a través de las rendijas de las paredes de tejamaní, pegado al camastro donde le tocaba dormir junto a su madre.

—¡Abdou!, ¿estás ahí? —preguntó Adaeze, bajando el tono de voz con que se oía distorsionado, por la carrera que había pegado para ir y venir sin ser vista.

—Sí, ma. Aquí estoy —respondió Abdou, con el mismo volumen de voz con que le habían preguntado.

Entonces, Adaeze miró alrededor para ver si era seguro lo que haría. Metió rápidamente la mano en el mandil, extrajo el pedazo de asado y el trozo de pan y los coló en la abertura que había entre una y otra tabla del tejamaní.

Abdou le dio un mordisco a la carne y su jugo invadió el paladar con un sabor exquisito, lo que le dio una sensación de felicidad inusitada.

—Ma, ¿qué está ocurriendo allá afuera?

La pregunta atravesó la pared y Adaeze se asustó un poco, temerosa de que lo hubieran escuchado; pues en su alegría por la comida, Abdou había olvidado hablar en voz baja.

—Es una gran fiesta de los patrones —dijo, mientras se componía el delantal para no levantar sospecha.

—¿Y qué están celebrando? —volvió a interrogarla.

—Ya me tengo que ir —anticipó ella antes de contestarle—. No sé todavía lo que celebran, pero el caporal anda corriendo como loco. Hace un rato, cuando se le calmó el enojo, le escuché decir que había llegado la Navidad.

La ribera del río

No hay rey que no haya tenido
un esclavo entre sus antepasados,
ni esclavo que no haya tenido un rey
entre los suyos.
HELEN KELLER [1880-1968]

Adaeze, la madre de Abdou, pronto cumpliría veinte años de haber sido traída bruscamente desde África. Su padre se llamaba Rahila y había sido patriarca de una de las tribus jelofe que vivían en un territorio llamado Sudán Occidental. Abeni, la madre de Adaeze, pidió al esposo que le permitiera elegir el nombre que llevaría:

—Se llamará Adaeze —sentenció, acariciándose la panza. Faltaba algo más de un mes para su nacimiento. Según la tradición de la tribu, el nombre significa «la hija de un rey», y la niña hizo honor al nombre y nació reluciente como una princesa.

El alumbramiento ocurrió a orilla del río Senegal; y, para Abeni y Rahila, eso también era una bendición.

Adaeze tenía una singular belleza y a simple vista parecía una muchacha frágil y tierna. Pero, por dentro, tenía un volcán de energía y el corazón valiente de un guerrero. Podía subir a la copa de los árboles con una facilidad que asombraba a todos los miembros de la tribu.

Nadaba a una velocidad vertiginosa, y podía cazar y recolectar alimentos como el más experimentado sabueso de la comunidad jelofe.

Cuando Adaeze rondaba los trece años, comenzaron sus problemas. Un mediodía, como era su costumbre, se daba un chapuzón en la desembocadura del río; y no se percató de la barcaza que se desplazaba sin hacer ruido. Cuando se dio cuenta de los extraños visitantes, ya era demasiado tarde. Cuatro hombres de una tribu vecina le echaron encima una red de cuerdas muy gruesas; y, en pocos segundos, la arrastraron hasta el lanchón y la subieron de forma violenta.

—¿Por qué haces esto a tus hermanos?

La voz de Adaeze sonaba lejana y ronca por el nudo que aprisionaba su garganta.

—Por ti pagarán buen precio —dijo la voz aflautada de uno de los captores. Luego agregó con algo a manera de burla—: ¡Vales mucho más como esclava que como mujer libre!

Estaba aturdida, con miedo, sorprendida. No sabía lo que estaba ocurriendo y menos podía imaginarse que estaba siendo secuestrada por los negreros europeos que navegaban toda la costa. Por algún tiempo peleó con ellos, gritaba que la dejaran ir, llamaba a Rahila, hasta que el cansancio le ganó la batalla y terminó mirando a todos los cautivos que habían corrido la misma suerte que ella.

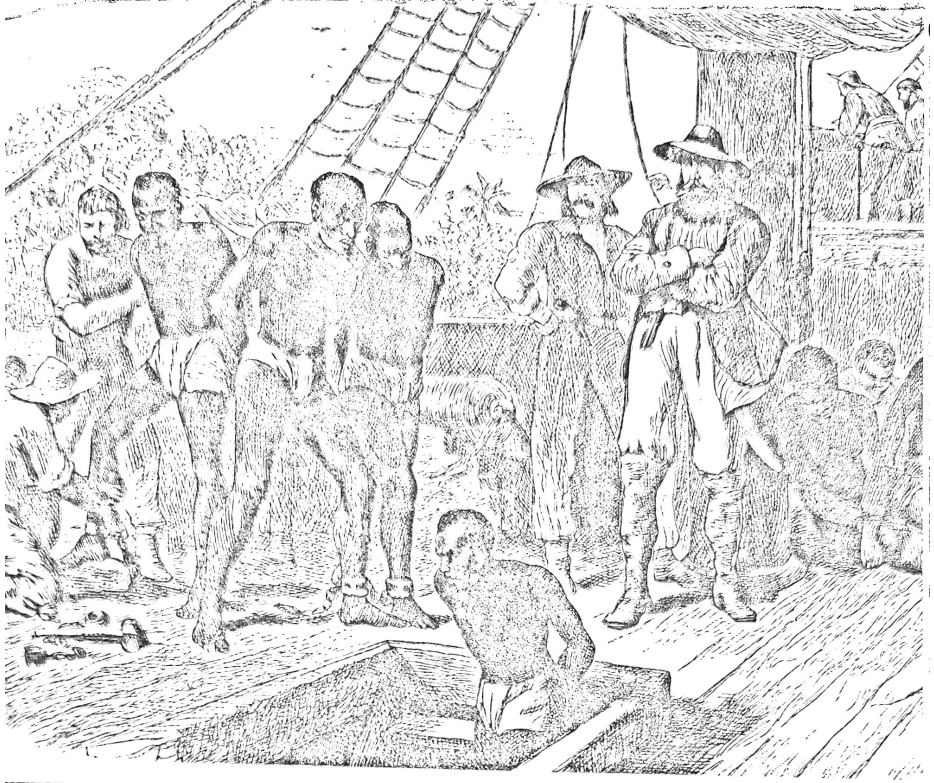
Una carreta a manera de jaula era el depósito provisional de los cautivos. La baranda de palos unidos con cuerdas muy resistentes aprisionaba a los desdichados en una

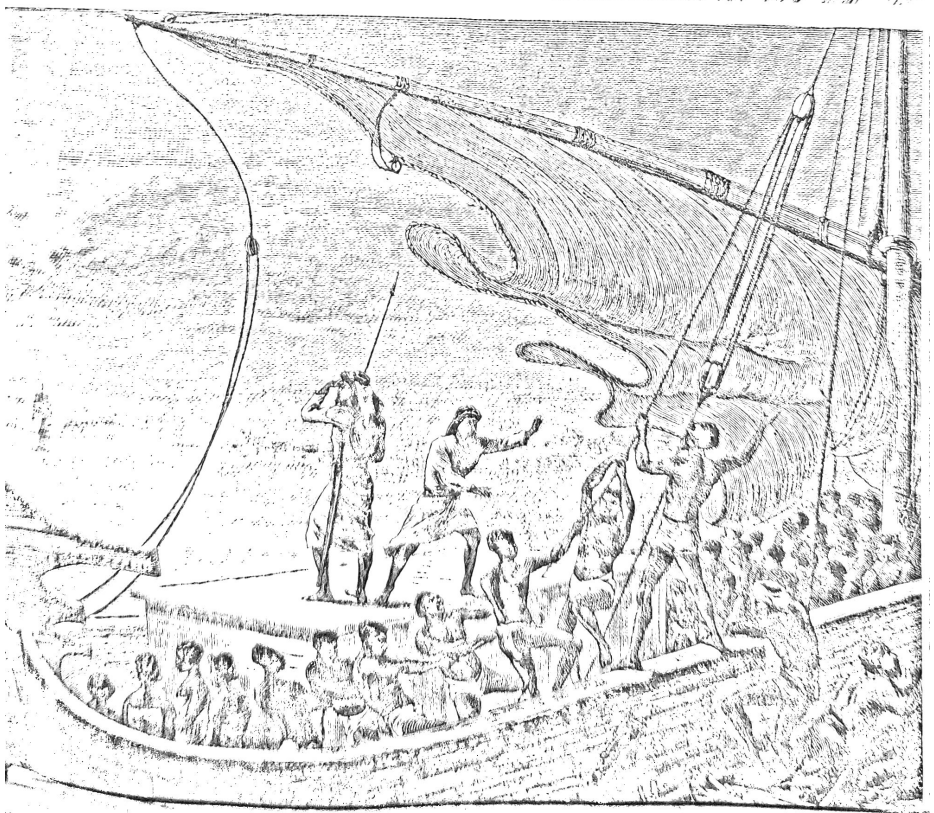
especie de celda ambulante. Cuando estuvieron frente a la costa, el látigo de los negreros empezó su vendaval de castigos sobre las espaldas. Caminaron aporreados hacia la bodega de la nave que sería transporte, también calvario y tumba, en su viaje hacia el otro continente. La fetidez de la bodega hacía del lugar un infierno inhabitable. El olor nauseabundo provenía de los restos de un cadáver a medio descomponer que aún no había sido retirado y colgaba de una cadena unida a la viga que atravesaba la parte inferior del barco. Aquella muestra de horror confirmaba el presentimiento de lo que les esperaba a todos.

Había decenas de hombres y mujeres atados de pies y manos, quejándose en una lengua que ella no conocía, pues habían sido atrapados de varias localidades y tenían idioma y cultura algo diferentes. Con ella había un total de veinticinco mujeres, algunas todavía muy niñas y otras de mediana edad, pero todavía con vigor para las jornadas de trabajo que las esperaban.

Los hombres menos corpulentos, al igual que los mozalbetes, permanecían boca abajo, atados de pies y manos en la bodega del pontón. Los más fuertes lucían golpeados: algunos sangraban de la cabeza y de la boca. Una cuerda que sujetaba su cuello también estaba amarrada al palo mayor de la nave.

Adaeze reconoció en la oscuridad de la despensa de la embarcación a cinco o seis miembros de la tribu que su padre lideraba; pero era tal su dolor que no le salían las palabras y se limitaba a verlos, mientras que en su interior se compadecía de ellos más que de ella misma.





Cuando la barcaza salió del cauce del río, se aproximó a un barco portugués mucho mayor, con capacidad para transportar cuatrocientos esclavos. Unos hombres blancos gritaban una palabrería que ella traducía como un mandato a los que habían participado en aquel apresamiento. Adaeze miraba el nombre del barco escrito en letras azules sobre fondo blanco. «Madre de Deus» era el nombre de aquel mastodonte sobre las aguas. Ella iba deletreando en su mente cada letra, tratando de relacionar el nombre con lo que estaba ocurriendo: M-A-D-R-E D-E-D-E-U-S, inscribió en sus adentros en espera de que grabara el significado de aquel rótulo que había llegado a su vida.

Los negreros realizaban diligentemente aquel trabajo despiadado. Los iban subiendo al barco a través de una plataforma de madera que hacía las veces de puente. Los azuzaban con un látigo de cuero tejido mientras la fila ascendía hasta la cubierta para luego ser llevados hasta la bodega, sin desamarrarle las manos ni los pies.

El viaje duró algunos meses, pero parecía una eternidad. Solo le daban algo de comida cada cierto tiempo. Ella calculaba que había pasado una semana entre el poco de harina salcochada de la primera vez y algunas cucharadas de sopa que le habían dejado probar. Luego de un tiempo, a las mujeres les quitaron las amarras; pero las colocaron en el lado izquierdo del barco. A algunos metros de distancia, a la parte derecha, los hombres todavía

permanecían encadenados al palo que iba desde la quilla de la proa hasta la popa de la embarcación.

Cada cierto tiempo, elegían a algunas mujeres y a los hombres menos corpulentos para que subieran a la cubierta a realizar labores de limpieza. Allí también eran maltratados por aquellos hombres sin humanidad ni empatía. Cuando los negreros bajaban a la bodega a buscar a los que harían el trabajo de limpieza de la cubierta, todos en silencio rogaban que no les tocara a ellos esta vez. Otros, ya en la cubierta, en un descuido de los esclavistas, se lanzaban a las aguas del mar, en un desesperado e inútil intento de escapar de aquella tragedia y regresar donde sus ancestros los esperaban en la tierra sin mal.

Luego de muchos días, el barco aminoró la marcha. Parecía que en cualquier momento se detendría. Todos se apretujaban hacia la abertura de la escotilla para ver el lugar a donde habían llegado. A través del hueco contemplaron el verde del paisaje y la costa que terminaba en una playa de aguas cristalinas. Por un momento tuvieron la ilusión de que aquellos hombres malvados se habían devuelto y regresaban al lugar de donde ellos habían sido tomados. Pero era un sueño momentáneo. Aunque el ambiente tuviera un parecido con Sudán, Nigeria o Senegal, aquello no era el África de donde procedían. Habían navegado muchas leguas y llegado a América. Entonces, en cuestión de algunas horas, empezarían su vida desde cero, esta vez como esclavos.

La llegada

Ella almidonó y planchó su rostro,
transformándolo en lo que la gente quería ver.
ZORA NEALE HURSTON [1891-1960]

El *Madre de Deus*, procedente de España, acarició con la quilla la costa caribeña en la primavera del año 1501. El gobernador Ovando era la autoridad de mayor jerarquía durante la travesía a través del océano y también en su estancia en tierra firme. Había pedido permiso a los Reyes de España para traer a toda la servidumbre de esclavos domésticos que poseía; y, con él, los demás miembros de la tripulación hicieron lo mismo.

Adaeze inspeccionó desde la escalera de la cubierta la majestuosidad de aquella primera mañana en América. El aire fragante recorrió su olfato saturado por el hedor de la bodega, y una rara sensación gratificante la invadió por un momento.

Era la primera experiencia en la trata de esclavos fuera del continente europeo, y no se tenían claros los controles de seguridad que se necesitaban para tal empresa. El Gobernador no quiso subestimar las fuerzas que podían aglutinarse con un grupo de tal tamaño, por eso decidió traer solo negros de los llamados ladinos.

Aquel grupo era, a su entender, más dócil y manso para aceptar sin quejas las tareas agotadoras que le esperaban en América. La mayoría de los ladinos ya profesaban o aceptaban la misma religión de los amos y entendían con propiedad el castellano, por lo cual la comunicación sería más efectiva. El gobernador Ovando rechazó la propuesta de traer en un principio a los negros bozales. Un negro bozal era un peligro en potencia; pues eran traídos a América directamente desde África tras su captura, por lo que su rebeldía era más acentuada y poderosa.

Ya en la isla, los esclavos fueron distribuidos en grupos equitativos entre los señores Balboa, Martínez, Ruiz, Ordóñez y Ovando. Adaeze fue enviada a la hacienda localizada próximo al ingenio azucarero del virrey don Diego.

La vitalidad e inteligencia de Adaeze debía permanecer oculta de todos los ojos del ingenio, para no levantar sospecha de ese poder que la acompañaba desde su nacimiento. Había que ser astuta para poder salir de aquella trampa maligna en la que había caído ella y cientos de hermanos de otros pueblos vecinos.

Una vez estuvieron clasificados, fueron asignados a sus nuevos patrones y llevados adonde permanecerían sin la posibilidad de abandonar el lugar sin permiso previo. El barracón era una construcción de madera y adobe, de contextura muy fuerte, pero hecho de manera rudimentaria. El caserón tenía la forma de un rectángulo de gran tamaño. Algunos veinte metros de ancho por sesenta de largo, con una viga muy gruesa, que iba de lado

a lado de la edificación y de donde pendían cadenas con anillas para sujetar a los que daban señales de querer escapar o a quienes le fuera impuesto algún castigo por desobediencia.

En un principio, todos dormían en el mismo barracón. Pasado un tiempo, los jefes levantaron otro de menor tamaño, solo para que albergara a las mujeres y a los niños, manteniendo aislados a los varones adultos.

Adaeze pronto se convirtió en la líder del grupo de las mujeres. Aunque ya hablaba la lengua castellana, nunca preguntaba nada a los patrones. No opinaba delante de ellos de ningún tema y lograba pasar desapercibida ante la mirada de los españoles, como si de pronto se hubiese hecho invisible; pues de eso, precisamente, dependería que lograra lo que anhelaba.

Adaeze era astuta como el tigre de la sabana del Sudán, que no mueve un músculo hasta estar completamente seguro de no fallar en su objetivo. Sigilosa como la mamba, que se arrastra, atraviesa el río o trepa a los árboles, vigilaba como la lechuza en medio de la oscuridad. Pero, llegado el momento, avanzaba con fiereza, con el mayor ímpetu posible, al igual que el león de la pradera.

Iba ganando espacio poco a poco sin alertar a los dueños. Primero logró que la dejaran reunirse al final del día. Luego que le permitieran bailar, cantar alguna alabanza o tocar algún instrumento. De ahí en adelante y de forma secreta, comenzó a alfabetizar en su nueva lengua, a los negros bozales que recién eran traídos y que cada día eran un grupo de mayor tamaño.

No era cuestión de días, ni de semanas, ni siquiera de meses; pues conseguir los sueños, siempre ha costado años de sacrificios y este era su sueño y aspiración más profunda: volver a África, reencontrarse con los suyos, nadar en el río, es decir volver a vivir en libertad. Mientras ese momento llegaba, en la quietud de la noche que caía, Adaeze cantaba en voz baja:

[1]*«Ọmọ ayé ni mí*
Bí i kìnnìún àti ti jaguar.
Mo jẹ arabinrin ti awọn ẹiyẹ
Bẹ ẹ náà ni èmi òkun
Kò sí ohun tí ó lè tì mí mọ lẹ
Mo ń ṣàn nínú gbogbo ohun tí ó wà láàyè
Mi ò bẹ rù ìrora
Wọ n bí mi ní òmìnira, mo sì kú ní òmìnira».

1. «Soy hija de la tierra,
como el león y el jaguar.
Soy hermana de las aves
y también lo soy del mar.
Nada me puede encerrar,
fluyo en todo lo que vive.
Yo no le temo al dolor,
nací libre y muero libre»

El padre de Abdou

En la cultura africana no hacemos distinciones entre los parientes. No tenemos medio hermanos ni medio hermanas. La hermana de mi madre es mi madre; el hijo de mi tío es mi hermano; el hijo de mi hermano es mi hijo o mi hija.

NELSON MANDELA [1918-2013]

El negro Amari escapó del asentamiento a donde había sido llevado pocas horas después de ser entregado a su nuevo amo. A simple vista parecía un negro bozal sumiso. El negrero que lo narigoneaba estuvo confiado en su pasividad; pues nunca dio una pista de rebeldía, lo cual no era común en los demás esclavos del grupo del cual formaba parte.

Ni siquiera estuvo en la rebatiña de los que se peleaban por un hueso de ternero, unas cucharadas de sopa o algún trozo de pan mugriento. Nada presagiaba que, dentro de aquel cuerpo delgado, de algo más de seis pies de estatura y mirada penetrante, estaba en ebullición un guerrero en acecho, esperando el momento indicado para atacar o escaparse.

Jamás se envalentonó ante los azotes. Daba la impresión de que había nacido sin voluntad, que era por naturaleza un negro ladino.

Del negrero haber sabido que era un miembro de la tribu jelofe, su actitud hubiese sido diferente. Tanto ellos como los lembas y los calembos no andaban con miramientos a la hora de mostrar su gallardía. La repartición de aquellos hombres subyugados seguía su curso. Un breve descuido del que parecía ser el líder que comandaba la venta de esclavos fue todo lo que necesitó Amari para emprender la huida.

Ante la voz de alarma, un grupo de cuatro o cinco negreros iniciaron la persecución mientras los restantes suspendieron por una hora la venta de los hombres recién llegados. El castigo por complicidad a los negros que se quedaron y que habían presenciado la fuga fue de cincuenta azotes para cada uno.

La captura se prolongó por varias horas y, de Amari haber tenido un conocimiento previo del terreno, hubiese sido imposible volver a apresarlo. Desde la plataforma donde estaba amarrado para ser entregado a su nuevo amo, hasta la cercanía de la hacienda propiedad del virrey Colón, mediaron diez kilómetros, los cuales Amari corrió sin muestra alguna de cansancio. Los hombres de a caballo vadearon obstáculo y cañadas, hasta darle alcance con la vista a una distancia de quinientos metros.

Quizás, si no hubiera tenido las manos encadenadas a los eslabones que salían de la argolla que rodeaba su cuello, el antiguo negro manso hubiese conseguido la libertad. En un último intento por escapar, albergaba la esperanza de esconderse en aquella hacienda y reiniciar la huida en la noche.

Irrumpió en el granero donde se guardaba el alimento para los caballos y casi mata de un susto a Adaeze, quien para entonces era una adolescente, de ojos vivarachos, tez acentuada y belleza impresionante.

—Protégeme, hermana. Diles que soy tu novio y que me escapé solo para darte un beso —le suplicó en el dialecto yoruba. En sus palabras había una gran naturalidad, como si aquella mujer que miraba por primera vez, fuera una amiga o compañera de toda la vida.

Adaeze quedó petrificada ante la propuesta emitida por aquel extraño. En pocos segundos, analizó en silencio las palabras del fugitivo. No tenía mucho tiempo. Había que decidir en ese mismo momento si se comprometía

con esa petición de ayuda o dejaba que los negreros dieran cuentas de él.

—De acuerdo, hermano —asintió ella, en la misma lengua hablada por los habitantes de Nigeria y del Congo.

Dos minutos después llegaron los perseguidores. Los azotes y golpes de fusta llovían sobre su cuerpo, que ahora sangraba profusamente por la nariz y por el lado izquierdo del bembo.

La mirada de Amari hacia ella no cesó a pesar de los golpes, y eso inquietó lo más profundo del alma de Adaeze. Nadie la había mirado de esa manera en toda su vida. Ni su madre Abeni ni su padre Rahila tenían tal dulzura en los ojos. Supo inmediatamente que, por aquel ser llegado abruptamente desde el monte, ella estaría desde ahora y para siempre dispuesta a realizar cualquier sacrificio con tal de que él la mirara de esa manera.

Alzó las manos hacia el europeo que seguía golpeando a Amari y dijo con tono sosegado, pero con autoridad:

—¡Piedad, mi señor! Toda la culpa es mía. Él es mi prometido en casamiento. Le hice saber que quería darle un último beso, antes de que nos separaran para siempre. Él es culpable por escaparse, pero más lo soy yo, por pedirle que viniera.

El que fungía de líder de los negreros tuvo una ráfaga de misericordia ante aquel acto de amor. Ordenó que pararan de golpearlo y sentenció con unas pocas palabras la advertencia que, a todas luces, regía las acciones tomadas para caso como ese:

—Amárrenlo más fuerte; y, de regreso, denle diez latigazos por cada momento que se detenga en el camino —ordenó. Luego se dirigió a Adaeze que abrazaba a Amari para reafirmar la historia que acababa de inventar—: Hablaré con De la Vega para que él decida qué castigo merece tu atrevimiento.

Se marcharon a medio galope halando al fugitivo que caminaba algunos metros detrás. Amari volvió la cabeza para ver de nuevo a aquella muchacha que sin duda le había salvado de una ejecución.

Esta vez la miró con amor y gratitud, y ella leyó en sus ojos una nueva sentencia: «El universo nos ha reunido y es perfecta la armonía. Te amaré y respetaré como lo hacían nuestros ancestros y contigo será mi descendencia».

El precio

Hay que elegir con decisión
porque hay dos vidas y dos muertes posibles
y porque hay diferentes maneras de pudrirse.
IDEA VILARIÑO [1920-2009]

Para sorpresa de Adaeze, el fugitivo Amari no fue asignado al amo que le correspondía en principio. Al regresar al puesto de venta de esclavos, la repartición y compra interrumpida horas antes había finalizado durante la persecución. Francisco de la Vega, quizás por los efectos de los motivos de la fuga de Amari y como estrategia de mantenerlos juntos para evitar futuras escapadas, decidió asumir el costo de la venta y quedarse con el esclavo que traía desde las afueras, a varios kilómetros al sur de la plaza de donde escapó al inicio de la mañana.

Durante el regreso después de la captura, Amari volvió a su antiguo comportamiento. Ni siquiera fue necesario halarlo durante el trayecto de regreso. Tampoco fue menester darle un mandamiento ni hacerle una reprimenda. Los siguió en silencio y con un gran sosiego, como si todo el volcán que había estallado horas antes

ahora estuviera apagado por la brisa meliflua que emanaba del recuerdo de la mirada de Adaeze.

Han transcurrido algo más de dos semanas, y Adaeze no ha vuelto a encontrar a Amari. Cuando inicia sus quehaceres en la hacienda, ya él ha trabajado varias horas en la trocha que está cerca del ingenio. Ella tiene muy poco acceso a los negros bozales. Por mandamiento de los negreros y esclavistas, deben permanecer aislados, sin ningún contacto por mínimo que sea, de los que ya están adaptados a la vida en la colonia. Adaeze mira a la cara a todos los ladinos que pasan a su lado. Va buscando un rostro que le parezca conocido al que ella vio por unos momentos aquella mañana de la huida.

Todos tienen apariencia parecida, pero ninguno tiene el fuego dulce de aquella mirada que le pidió protección llamándola hermana. ¿A quién preguntarle por él, si ni siquiera sabe su nombre? ¿Cómo enterarse si sigue con vida, si las hembras tienen prohibido acercarse al barracón de los varones?

Mira a su alrededor y se apacigua. En el fondo, le conforta el hecho de que nadie ha mencionado nada sobre un esclavo muerto ni recién escapado.

El caporal ha requerido la presencia de Adaeze en un espacio que ha sido habilitado en el traspatio de la hacienda. El cuartucho pretende ser una oficina para manejar los asuntos que tienen relación con los esclavos, pero

es también un refugio para sus noches de juergas, lugar de descanso cuando termina el día, mesón para comer a toda prisa cada cierta hora, alero para guarecerse cuando la nostalgia de volver a ver los suyos atosiga, encuentro casual con alguna negra ladina recién comprada y taberna para compartir el aguardiente con otro caporal que se llegue a la hacienda.

—¿Me ha mandado a buscar el amo? —pregunta Adaeze con voz casi imperceptible e inclinando la frente.

El caporal no le responde de inmediato. Luego de varios minutos, le señala que entre a la buhardilla. Apura un trago de alcohol artesanal; luego regresa a lo que estaba antes de la llegada de Adaeze. La mira de reojo mientras anota algo en unas páginas llenas de líneas, nombres, cifras y lugares. Interrumpe el cotejo que hace entre la libreta de apuntes ajada y mugrienta y unas hojas sueltas que trae en el bolsillo delantero de la chaqueta. La mira unos instantes rememorando la tarde en que ella intercedió por Amari, y decide darle la encomienda para la que fue llamada.

—Reúne nueve hombres y tres mujeres, y diles que mañana al amanecer estén aseados y vestidos.

—¿A dónde vamos, mi señor?

Francisco de la Vega hace un intento de golpearla y se detiene. Quizás porque es mujer y luce indefensa ha parado el golpe que propinaría con la fusta. Vuelve a la quietud que tenía antes de que Adaeze le sacudiera con la pregunta.

—Eso no es asunto tuyo —sentencia con enojo, y agrega—: Jamás vuelvas a preguntar nada ni a cuestionar un

mandato mío. Tú solo tienes que obedecer, para eso naciste y para eso fuiste traída. ¿Entiendes lo que he dicho?

Adaeze baja la cabeza, en señal de acatamiento, pero es un acto sumiso solo del cuerpo. Por dentro está luchando contra él, contra todos y en rebeldía con ella misma.

Mientras permanece con la vista hacia abajo en actitud de obediencia, el caporal inicia la ristra de instrucciones para el día siguiente:

—Mucho antes de que salga el sol, estaremos a mitad de camino hacia otra hacienda. Únicamente las esclavas estarán vestidas completamente; los varones apenas cubrirán sus partes. Nadie debe saber qué harán ni hacia dónde nos dirigimos, o tendrán un castigo ejemplar si me entero. Al llegar a la hacienda, solo darán entrenamiento a los otros de cómo hacer su trabajo. Tienen prohibido hablar en otra lengua que no sea el castellano. De regreso, no deben traer nada con ustedes. De la misma manera que los esclavos llegarán, así tendrán que salir. Si alguno de ustedes escapa o desobedece las órdenes, colgaremos a los que se queden y luego perseguiremos a los que se hayan escapado...

Adaeze lo escucha como si estuviera lloviendo sobre las yaguas que cobijan el barracón. Claro que ha entendido las encomiendas y que cumplirá las órdenes al pie de la letra. Es hora de agradecerle al caporal que haya detenido la muerte del fugitivo de mirada dulce.

Mientras los gruñidos salen de la boca de Francisco de la Vega, Adaeze va observando los nombres que están anotados en la libreta. De cada nombre de esclavo, sale

una línea que se junta con una cifra que indica el precio que se ha pagado por el mismo.

Ella mira con dolor en monto en que está valorada la vida y la libertad de cada hombre y mujer anotados en las hojas de venta del caporal. Pero dentro de la perturbación que le produce enterarse del precio que se ha pagado por tanta tristeza y sufrimientos, hay una pequeña alegría que salta desde las anotaciones. Hay un nombre del cual sale una línea pero que no llega a ninguna cifra.

El nombre AMARI está al final de la lista y no tiene asignado ningún valor. «Ese debe ser su nombre», dice para sus adentros. Luego le ordena a su corazón que se apacigüe dentro de las paredes de su pecho; pues ahora sabe que él está vivo y que pronto volverá a mirarla.

Pasando las raíces

Hay que aprender a resistir. Ni a irse ni a quedarse,
a resistir, aunque es seguro que habrá más penas y olvido.
JUAN GELMAN [1930-2014]

Adaeze ha comenzado una nueva batalla para la cual aún no está preparada. Junto al desafío cotidiano de sobrevivir y la lucha permanente contra los desmanes de los propietarios españoles, se ha sumado una contienda que, si bien no es física, casi siempre la deja fatigada del espíritu y con pocas ganas de sonreír con alegría.

Abdou es un buen chico como si hubiese sido, al igual que ella, educado con las normas de la tribu jelofe. Pero su muchacho está entrando en la adolescencia y creciendo lejos del África. Dentro de poco, solo estará expuesto a la cultura de los esclavistas y, si ella muere, se romperá el eslabón que debe unir las costumbres que ella heredó de Abeni y de Rahila, con la vida de un hombre joven que posiblemente nunca regresará al origen.

Él deberá elegir su camino, al igual que las águilas pequeñas. Quizás las palabras no sirvan de mucho en estos momentos. Por eso ha conseguido que Osmany, uno de los negros ladinos que goza de más confianza de los patrones, le construya un tambor igual a los usados en Sudán para las ceremonias y los rituales.

—Hermano Osmany —ruega Adaeze en voz baja, para que más nadie escuche—. Quisiera que me construyera un tambor igual que el que tocaba mi padre Rahila.

Él la mira algo desconcertado, pero una sonrisa aflora y es un claro mensaje de que está de acuerdo con la petición. Ella también le sonríe y luego agrega:

—Yo sé que estos árboles son distintos a los nuestros, pero quizás encuentres algún tronco que pueda ser útil para tu trabajo.

Poco tiempo después, Osmany ha logrado crear un instrumento maravilloso. Primero cortó un trozo de árbol de tres pies de largo; y, con un poco de fuego en el centro, fue soplando poco a poco hasta que consiguió un cilindro hueco, el cual pulió un poco frotándolo con una piedra.

Dejó reposar el tronco, escondido debajo del montón de leña, próximo a la cocina. Cuando la madera perdió la humedad, hizo dos círculos con bejucos para aprisionar el cuero de ternero que sería calentado a fuego lento hasta que estuviera bastante tenso para que el sonido fuera claro y agudo.

El tambor todavía no puede ser tocado. Es necesario esperar el momento preciso en el cual los caporales se presenten de buen humor y permitan la gracia de una

pequeña danza. Entonces lo hará suavemente, sin estridencia, para no escandalizar a los europeos.

Quizás pasará mucho tiempo para que se le permita una fiesta y el tambor suene en toda la hacienda, como anunciando que África vive también a miles de kilómetros. Por ahora, Adaeze ha llevado el tambor hasta el barracón de las mujeres. Quiere que Abdou lo vea, que lo acaricie en silencio, mientras ella —con un lenguaje cifrado, pero sin pronunciar palabras— le dirá:

«En ese tambor están nuestras raíces. Llegará la hora en que no habrá que tocarlo a escondidas, y su sonido anunciará una nueva vida para todos los negros».

Adaeze también ha hecho su parte en la transmisión de las tradiciones que le enseñaron en la tribu. Si bien no ha construido un tambor como Osmany, con una franja de la madera que ha sobrado, ha traído a la vida de su muchacho otra muestra del África que él está en riesgo de perder. Ha escondido, en el fondo de una canasta, un pequeño cuchillo que utilizará solamente en las noches, para devolverlo en la madrugada, sin que nadie se dé cuenta.

Cada noche dedica media hora a la talla de la madera que va tomando forma de una máscara, como las que usan los jelofe para hablar con los ancestros. La parte más ardua fue darle una forma ovalada a lo que será el marco del rostro. Luego trabajó poco a poco sobre la madera la cavidad donde estarán las aberturas de los ojos y ha exagerado un poco el grosor de la nariz y los labios de la máscara. La ha coloreado con zumo de hierbas y bijas

para darle un tono más oscuro. Ha imitado los cabellos con restos de cabuya, piedras y caracoles.

Abdou observa el tambor que la madre tiene cerca del camastro donde duerme. Luego mira cómo la madre va puliendo sin prisa, pero sin detenerse, los contornos de la máscara ritual que pronto estará terminada.

—Ma, ¿cómo es que usted sabe tantas cosas? —ha dicho el muchacho con una muestra de alegría, sorpresa y orgullo.

—Todos sabemos algo —replica la madre, para luego justificar la respuesta—: Todos tenemos algo especial. Es cuestión de encontrarlo.

—Pero yo no sé nada —dice apenado el muchacho.

Entonces Adaeze deja de pulir la madera, se acerca al hijo y lo abraza con cariño.

—Ven, muchacho tonto, te voy a contar la leyenda de Anán, que mi abuelo se la contó a mi padre y tu abuelo Rahila me la contaba a mí cuando yo era más pequeña que tú.

Abdou ha cerrado lentamente los ojos y ha desaparecido el mundo en donde vive. Solo percibe la mano que acaricia su pelo grueso y la voz de la madre que va narrando una historia que parece un canto:

Hace muchos años, en nuestra tribu vivía Anán, que era un viejo sabio. Hombres y mujeres de todas las edades iban hasta su choza para pedirle consejos y aprender de él. Pero ocurrió que la gente empezó a comportarse de forma incorrecta y malvada, y el sabio Anán decidió privarlos de la sabiduría y quitarles la que ya les había dado. Colocó toda la

sabiduría que poseía en un gran jarrón y fue a ocultarlo en el monte para que nadie lo encontrara.

Cuando salió de su casa para ocultar el jarrón, su hijo Kemal lo siguió para saber adónde se dirigía su padre. Entonces Anán subió a una palmera muy alta mientras sostenía el jarrón atado a su pecho con una cuerda. Esto le impedía subir y se hacía muy difícil llegar hasta la cima de la palmera.

Entonces Kemal le gritó desde abajo que la mejor forma de subir era colgar de su espalda el jarrón. Anán, asombrado, se dio cuenta de que lo que su hijo decía era cierto; y le dijo que él había creído meter toda la sabiduría en ese jarrón, pero ahora se daba cuenta que no era así.

Su hijo Kemal había sido más sabio que él y decidió entonces lanzar el jarrón con todas sus fuerzas lo más lejos que pudo. El jarrón cayó sobre una roca y se rompió en muchos pedazos. Es así como la sabiduría que había dentro del jarrón se derramó por toda la tierra y ahora cada uno de los miembros de la tribu puede tener un poco de la sabiduría del viejo Anán...

Adaeze besa la frente de su muchacho, que tiene los ojos cerrados y que ella cree que ya duerme. Abdou, en silencio, suspira y sonríe; mientras piensa que su madre, aunque muy joven, es tan sabia como el viejo de la leyenda.

La tercera patria

Nadie puede poner una cadena en el tobillo de su prójimo
sin tener el otro extremo alrededor de su cuello.
FREDERICK DOUGLASS [1818-1895]

El negro al que llamaban Sebastián, pero que tuvo un nombre africano al nacer, había nacido en África cuando terminaba el mes de diciembre del año 1520. Él, al igual que miles de hombres y mujeres, fue arrancado de forma violenta de la llanura africana para con ellos ser llevados a España, Brasil, Portugal o La Española y ser vendido en un mercado público.

Era casi un niño cuando lo capturaron junto con otro grupo de mayor cantidad, procedente de etnias diferentes. Los transportaron en el barco recolector, que los iba vendiendo como mercancía a destajo en cada costa en la que atracaban. A Sebastián y a un centenar de negros bozales les dieron como destino final para su vida y muerte, la costa de una de las islas del Caribe.

Sebastián pronto descubrió que jamás volvería al gran continente de donde era oriundo, pero que, en cambio, se ganaría el derecho legítimo de pertenecer a tres patrias. Su primera patria lo era sin dudas la nación de los Lemba, tribu de la que era miembro de forma natural.

Su segundo hogar patrio era la tribu de los Calembo, aquel grupo aguerrido del cual su padre era un patriarca y de donde le llegaba un linaje de bravura y determinación, además del amor por la libertad.

Pero tanto el África de sus sueños como la nación de los Lemba y la de los Calembo estaban ancladas en su pasado. Hasta el canto de las aves, el verdor de la naturaleza o el sonido de algún tambor lejano, lo cubrían de nostalgia. A veces, algún olor subía desde su infancia a través de las enredaderas de los recuerdos, y era entonces cuando más le molestaban las cadenas. Nadie se lo había dicho; pero Sebastián sabía que los grilletes pesan más cuando te asaltan las ganas de regresar a casa.

El golpe de fuete sobre su espalda, los maltratos que recibía junto con todos los esclavos, la desesperanza de no saber qué ocurriría mañana, empujaba su corazón guerrero a renunciar a la selva del África. Debía desterrar de su memoria la nación de los Lemba, olvidar para siempre la tribu de los Calembo, para empezar de nuevo, abriendo una trocha para una mejor vida, en medio de la oscuridad frente a aquel campo de gramíneas.

Lejos de las paredes de adobe de la hacienda, a muchos kilómetros del ingenio que exprimía su vida al igual que lo hacía el trapiche con las cañas recién cortadas, en algún lugar de aquellas montañas que se levantan más al sur, debía existir esa nación a medio construir y que era todo lo que le quedaba.

Pero para eso faltaría algo más de dos décadas, miles de castigos y un sinfín de sufrimientos. Había que dar el

primer paso diciéndoles a los otros que la libertad, aunque difícil, era un sueño posible; que las cadenas que les habían puesto en los pies no detendrían la larga marcha que empezaba con una primera huella. Había que lograr que aquellos hombres camino al exterminio, soñaran con otra vida fuera de aquella hacienda. Después de imaginarlo, ellos entonces conseguirían el arrojo de querer pagar el precio de ser un hombre libre.

Sí, la tercera patria estaba enclavada en las montañas. En la franja de tierra donde ya no importaría si procedían del Congo, de Nigeria o de Sudán. Allí dejarían de ser negros bozales acabados de apearse del barco y negros ladinos hablando la misma lengua que el español, porque habría nacido el nuevo negro, que sería el dolor de cabeza de los colonizadores. En la tercera patria bordeada por las lomas, surgiría del dolor y de la angustia la esperanza del negro cimarrón.

Oro y azúcar

La libertad ha existido siempre, pero unas veces como privilegio de algunos, otras veces como derecho de todos.
KARL MARX [1818-1883]

Cuando los Reyes de España decidieron aligerar la carga de trabajos agobiantes que pesaba sobre las vidas de cientos de aborígenes, ya era demasiado tarde para remediarlo. La voluntad de los monarcas europeos llegó hasta La Española, con la autoridad de nueva ley para ser aplicada inmediatamente en todos sus reinos.

Mediante el edicto real, el nativo de América ya no podía ser esclavizado, como hasta ahora, ni tratado con el acostumbrado vejamen; porque, a partir de la ordenanza, el aborigen poseía la elevada condición de súbdito de la Corona.

Pero la nueva norma de convivencia que traían los comendadores españoles, en realidad era algo menos que letra muerta. La explotación desmedida a la que la población había sido sometida por largo tiempo, las muchas enfermedades que contrajeron de parte de los colonizadores y la muerte temprana por agotamiento habían diezmado casi en su totalidad la aldea indígena.

De ellos, sobreviviría, con el devenir del tiempo, unos que otros utensilios domésticos, como la barbacoa y el bu-

rén. Pinturas rupestres grabadas sobre las paredes de rocas de las cuevas, cemíes de caoba y barro cocido para representar a sus divinidades, algunos rasgos del color de piel o de la textura del cabello y, curiosamente, las palabras. No los cantos ceremoniales interpretados durante la cohoba, ni la música y danzas ejecutadas durante los areítos.

De todo ese infortunio que les tocó vivir, quedaría apenas un racimo de palabras, aquellos sonidos ancestrales carentes de escritura, aquel aliento que escapaba por sus bocas, para invocar al dios Juracán y nombrar a las estrellas que los guiaban a través del Mar Caribe. De ese reino mágico de yuca y de maíz, destruido por el fuego rasante de la avaricia, tan solo resistieron y vencieron las palabras. Quedaba aquel amasijo de silbidos, gritos, murmullos y resonancia que conformaba el universo taíno, ese que pasaría a la lengua castellana en un mestizaje de usos, costumbres y vocablos.

Aún no terminaba la sed del oro de los conquistadores, cuando aparecía un nuevo apetito y afán mucho mayor. Europa ya no solo demandaba el oro de las minas, ahora también quería el azúcar de los campos, moler en los trapiches rudimentarios la caña que crece en el Caribe, aunque, con ello, fuera necesario también triturar las vidas de los esclavos que llegaban en grupos cada vez mayores, de ambos géneros y de todas las edades.

Así como todos los afluentes alimentan al río y este, a su vez, engrosa las aguas del mar, de la misma manera, las etnias del lejano continente se sumaban al río profundo que crecía en los campos. Este era un río de cauce dis-

creto y cabizbajo por los azotes que daba el caporal, pero de una poderosa corriente subterránea que desembocaría en El Maniel de los que lograban escaparse cada cierto tiempo.

Para los ojos del amo, los recién llegados eran negros de distintas partes y con distintas lenguas. Durante el día eran apartados por su lugar de procedencia, por su contextura física, su condición de varón o de hembra, por el precio pagado en la reventa, el largo de sus extremidades, el grueso de sus labios, la anchura de su nariz y la entereza con que algunos se enfrentaban a los castigos.

Pero en la noche, cuando el trapiche detenía la rueda de la molienda, todos volvían al mismo barracón. Allí dejaban de ser ladinos o bozales, de lengua bantú o carabalí, venidos de la margen del Níger o de la llanura de Senegal, para ser solamente un negro esclavo. Un hombre triste, el amor imposible de la negra que lo miraba con respeto, el viajero desprovisto de equipaje, en la travesía tormentosa de la vida en América.

En las noches, todo el barracón se reducía a un toque discreto de tambor, a la protección pedida al amuleto de hueso que venía de mano en mano desde los abuelos, a la somnolencia producida por el cansancio, que en la oscuridad permitía regresar por la memoria, a la reunión de los ancianos de la tribu frente al fuego.

Solamente entonces, aquel cuadro de dolor y desventura apagaba el sonido del arrastrar de las cadenas para transformarse en las siluetas de Amari y Adaeze poniéndose miel en las heridas de la espalda, mirándose a los ojos repletos de bondad y soñando con la libertad futura.

El ingenio

Una noche antes de zarpar, entregándole un bulto,
le instruyó para que vaciara en la calle los huesos que había
encontrado en el presbiterio, y pusiera en su lugar,
en la caja de plomo, los restos del padre de Belina,
el primer cimarrón de la isla, un tal Kalenda.
PEDRO PEIX [1952-2015]

Aunque el edicto de la reina Isabel la Católica fue fechado para el año 1500, las condiciones de los nativos y de los africanos no cambió en lo absoluto en esas fechas. Las Leyes de Burgos, como también se conocía la prescripción de la reina, prohibió la esclavitud; pero los taínos siguieron viviendo de la misma manera y los africanos seguían atravesando los mares y cruzando a través del Atlántico, para llegar esclavizados a las colonias españolas.

El esclavo ladino que gozaba de la estimación del amo podía llegar a la media de la edad. Sus labores consistían en el aseo de la hacienda, el cuidado de la caballeriza, los oficios domésticos, la crianza del ganado, la recolección de frutos y cualquier otra función que se le ordenara.

El esclavo bozal, por su propia condición de rebelde a las cadenas, no tenía opción para ningún asomo de libertad ni de esparcimiento. Era conducido a las labores más agotadoras y difíciles y, por lo general, asignado al

Ingenio Nigua, donde, con algo de suerte, sobrevivía por unos diez años.

La severidad de los trabajos y el alto nivel de explotación de los esclavos que eran asignados a este ingenio, apenas les daban un margen de vida que rondaba los siete años de labores. A veces ese tiempo se reducía a algo menos que la mitad.

El ingenio de Boca de Nigua había comenzado como trapiche rudimentario; y, ante la gran demanda de azúcar por los europeos, inició su expansión hasta culminar en un ingenio imponente a principios del siglo XVIII. Originalmente las tierras donde se levantó el mastodonte pertenecían al duque de Aranda, pero al ser parte esencial de los primeros ingenios coloniales de América, terminó bajo el dominio español.

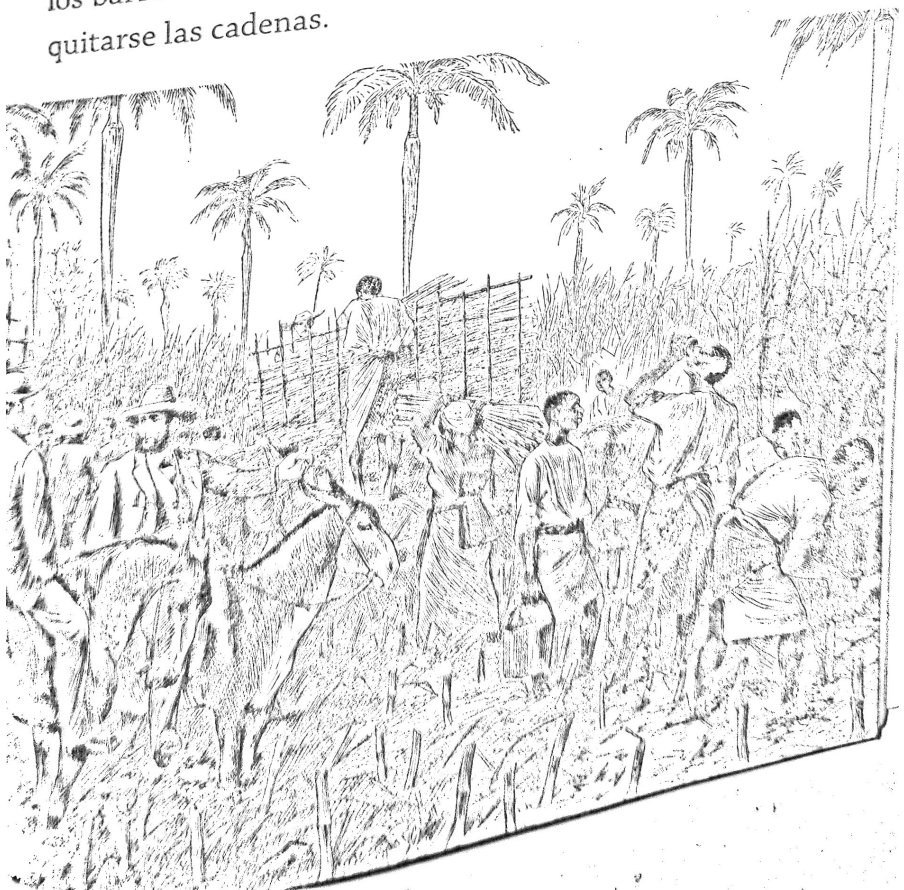
El ingenio estaba enclavado en una gran extensión de terreno, con el río Nigua al este y al sur la majestuosidad del mar Caribe.

En su momento de mayor producción, poseía un trapiche de planta poligonal, que era movido por los bueyes que también eran esclavizados. Una casa con doce calderas de gran tamaño, canaletas y pasos de bóvedas para el jugo o guarapo que se extraía de la caña, un gran sótano para albergar los fogones y el secadero, el cual consistía en una torre a manera de depósito para almacenar el azúcar producido que sería enviado a Europa.

Al igual que los negros, la nigua había venido del África y pronto se extendió por toda América. Aquella pulga minúscula y de trompas largas se valía de las hembras

para luchar contra otras especies y alimentarse. Un insecto tan pequeño, cuyo hábitat comprendía los lugares sucios y húmedos, aprovechaba los pies de los humanos para depositar los huevos, ocasionando una gran picazón y úlceras graves.

También el negro traído desde el lejano continente, obligado a vivir en lugares sucios, húmedos e inhóspitos, se convertiría en una nigua dentro de aquel ingenio. A pesar de los abusos y las humillaciones, pronto ladinos y bozales se convertirían en una gran población de niguas, dispuesta, al igual que la pulga, a saltar sobre las alambradas y los látigos, a empollar en la oscuridad de los barracones, las úlceras de las rebeliones, hasta lograr quitarse las cadenas.



que ellas lo hacen en el caserón pegado al ingenio. Es la primera vez que saldrá del entorno a donde fue traída. No conoce nada en cuatrocientos metros a la redonda. Para ella, todo el vasto horizonte es tierra prohibida.

De ser encontrados fuera de los linderos que les han impuesto, la pena será un castigo de cien azotes para los varones y cincuenta para las hembras. Si son apresados luego de diez días de su fuga, el castigo puede ser la pena de muerte. Solo si regresan por su propia cuenta antes de ese tiempo, pueden evitar el castigo mayor. Los dueños de otras haciendas están obligados a devolver los esclavos a sus dueños originales; de lo contrario, también pueden acarrear cierta reprimenda por parte de la Corona.

Adaeze y una veintena de esclavos van caminando detrás del caporal. No se les ha permitido comer ni beber en varias horas, pero tampoco los han azotado en el trayecto. A media hora de camino, cruzaron un arroyo muy profundo, bordearon una loma de algunos quinientos metros de elevación y cruzaron el territorio de otro asentamiento esclavo.

El capataz se entendió con Francisco de la Vega, no sin antes contar todos los esclavos y verificar un documento en el que se daba certeza de a quién pertenecían.

Adaeze no ha hablado en todo el trayecto. Les ha dicho a sus compañeros que canten en voz baja para distraer al caporal y a los ocho esclavistas que los espolean para que se mantengan juntos y ordenados. Ella, en cambio, va escribiendo en su memoria cada detalle del viaje. Calcula el tiempo desde la salida del barracón hasta la

orilla del arroyo. Lo mismo hace desde donde se levanta el puente, hasta que colinda con la nueva alambrada que indica la propiedad de otro esclavista. Ha marcado en dos horas de marcha la primera revisión para el paso a través de las tierras de los otros propietarios. Como a tres horas de camino, atravesaron una cañada fangosa de difícil acceso; y, media hora más tarde, arribaron a la casona donde realizarían las labores de entrenamiento.

Durante la semana que tardó el aprendizaje de los nuevos esclavos, Adaeze no perdió tiempo en enterarse de la mayor cantidad de información, pero con el suficiente tacto para no levantar ojerizas.

—¿Que hay más allá de los alambres? —pregunta Adaeze con poco entusiasmo, como si no le interesara la respuesta.

Un negro de mansedumbre extrema, ojos apagados y manos hinchadas, le responde como si a él tampoco le preocupara la pregunta:

—Más allá están los otros.

La respuesta sorprende, pues viene en la lengua de Adaeze y de un hombre maltratado por la vida dura. Es el ladino Ebó, viejo de apariencia espiritual y que ha servido como esclavo una gran cantidad de años, entre España, Cuba y La Española. Piensa un poco, cierra los ojos como buscando las palabras y agrega:

—Los que no se acostumbraron a los golpes ni al carimbo, como yo.

Adaeze reprime el inmenso deseo que la embriaga por abrazarlo como si fuera a su padre Rahila. Quiere decirle

que resista un poco más. Que aún está a tiempo de ser libre, de cruzar los alambres que se aproximan a las lomas. Que, si no tiene la oportunidad de sumarse a ellos, sus hijos o sus nietos podrán cruzar los límites y, tal vez, volver a África.

—Más allá están los otros.

Repitió el viejo Ebó y regresó al silencio, para no volver a abrir la boca durante el tiempo que el grupo estuvo en la hacienda vecina.

De regreso al barracón, Adaeze tuvo una idea que cambiaría en parte toda la historia que le había tocado vivir. Anotó en su memoria todos los detalles del viaje y se lo contaría a los demás sin utilizar una sola palabra. Al caer la tarde, cuando todo entraba en sosiego, le hacía saber a los negros que quisieran escaparse, que en la cabeza de las niñas dibujaría con el peinado la ruta más segura que los conduciría a las lomas, lejos de los sufrimientos y del látigo de los caporales.

Cada mechón entrelazado con destreza se convertiría en un mapa hacia la libertad. Cada camino, ruta de escape, árboles y riachuelos, haciendas esclavistas y puestos de revisión del caporal, tendrían un tejido equivalente en forma de código, desconocido por los esclavistas y negreros, pero transmitido a todos los negros, sin importar su procedencia.

Si el camino tenía un pantano, la trenza se tejía como surco muy pegado al cuero cabelludo. Un moño redondo era una loma que había que vadear. Una trenza larga hacia abajo era un camino con poco peligro, y cada trenza

tejida de forma horizontal correspondía a un puesto de vigilancia. Si entre un tejido y otro había un dedo de distancia, equivalía a un día de camino. Cuando todas las trenzas convergían en la parte frontal, entonces era un indicativo de que habían llegado a su destino, a las cimas lejanas, a donde dice el viejo Ebó que están los otros.

Los nombres

Los que no se mueven no notan sus cadenas.
ROSA LUXEMBURGO [1871 - 1919]

El viejo Ebó no recuerda el sonido de su risa. Ningún esclavo lo ha visto sonreír; tampoco los amos le han escuchado una expresión de alegría o externar una queja. Aunque es un esclavo de confianza, se mantiene alejado de la sala mayor de la casa y de las habitaciones de los patronos. Come muy poco y casi siempre en soledad y en completo silencio.

Las pocas veces que los otros subyugados han podido reunirse a la sombra de algún árbol o en la oscuridad del barrancón, Ebó se mantiene retraído, como si fuera una sombra. Transita a través de toda la hacienda, y nadie escucha sus pasos. Hubo un tiempo en que apaciguaba su nostalgia soplando una armónica, de la que extraía una melodía desconocida y tan triste como su propio semblante.

Pero hará cosa de diez años que regaló el instrumento a una niña huérfana que lo había confundido con su padre. Lleva varias décadas como negro ladino y ya no sirve para el trabajo duro de las minas ni de los campos de caña. Sus manos, que eran ágiles y fuertes, ahora son

dos figuras amorfas, hinchadas por el deterioro de las articulaciones, con los dedos encorvados como si fueran las garras de un halcón viejo y pesadas a la hora de levantarlas para despojarse del sombrero, cuando pasa frente a él algún amo o autoridad de la colonia.

Camina lento y sin ritmo. Si lo miras a lo lejos, parece un animal derrengado por el peso de la carga. Llegó a la isla en el primer grupo traído por el virrey don Diego. Fue cristianizado a la fuerza, se le impuso una lengua, una religión y también un nombre. Para los dueños de la hacienda, no había necesidad de preguntarle quién era originalmente. Tenía cara de llamarse Manuel y como tal lo bautizaron. Y, desde entonces, es el esclavo Manuel y punto.

Al principio, le costaba mucho responder al ser llamado por el nuevo nombre. Pasado el tiempo, se acostumbró al bautizo violento; y ahora solo unos pocos le llaman Ebó, pues casi todos los que fueron traídos a la colonia en el mismo barco junto a él, hace bastante tiempo que están muertos.

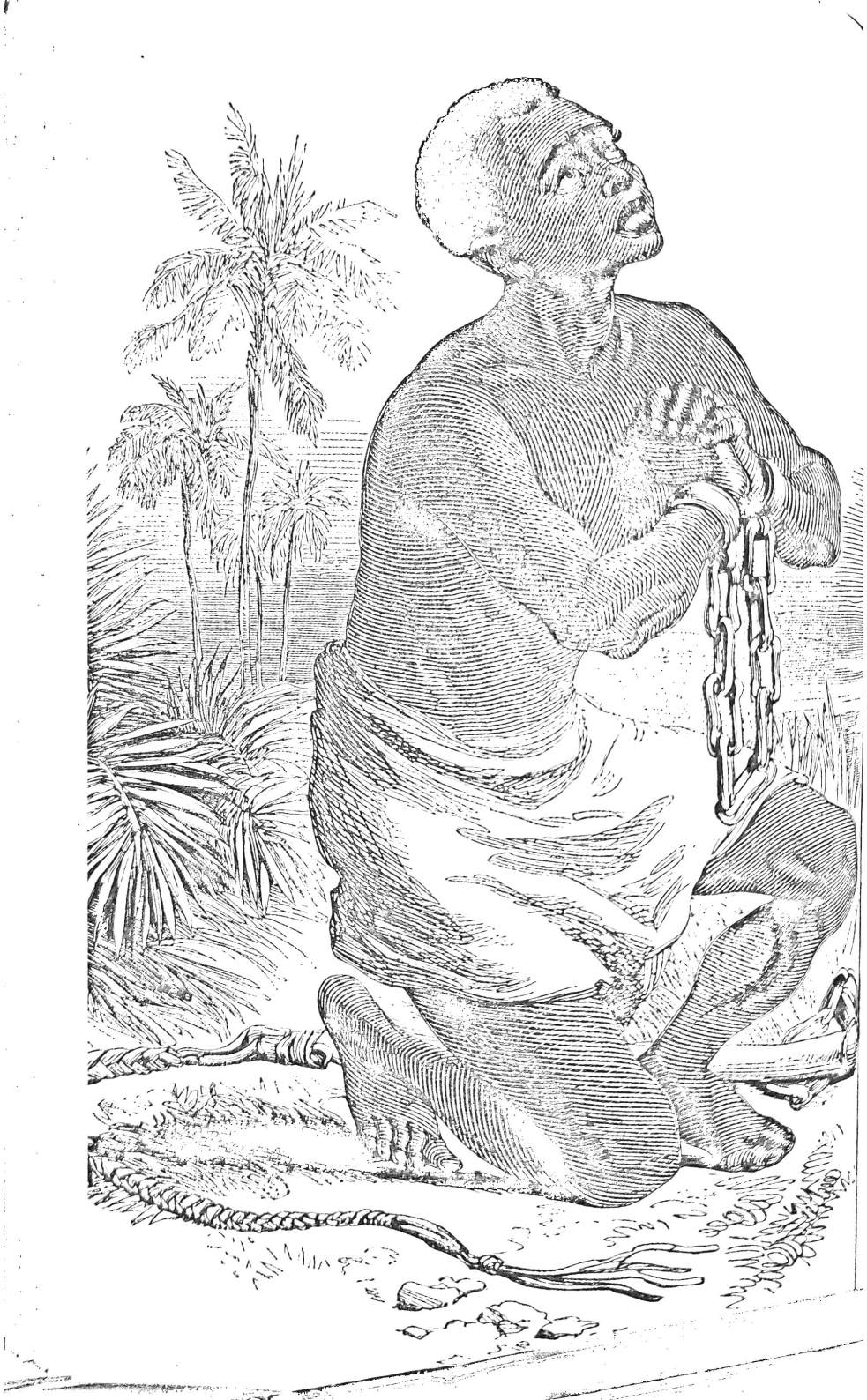
A ratos, cuando alguno quiere entablar una conversación con el viejo Ebó, rehúye al desafío de despegar los labios y ni siquiera llega a soltar una palabra. Vive en dos mundos simultáneos. En uno, en el real, es el trabajador que nunca ha sido castigado por violar las reglas que impusieron los hombres blancos. En el otro, en el que habita cuando cierra los ojos al final de las ocupaciones, es el negro feliz que corría por los campos, la gacela veloz, el león señorial, el danzante de la fiesta y del rito, el leopardo

sagaz de porte majestuoso, que aprisiona en forma de recuerdos en su interior.

Pero hoy es domingo y, por segunda vez, Adaeze está de nuevo en la hacienda. Ebó tiene la sensación de que es una hija que regresa. Quizás porque la historia de ambos se entrelaza a pesar de la diferencia de edad que los separa. A ella, al igual que a él, también le fue asignado un nombre en su arribo a América. Se llama María en su relación con los hombres que la compraron; pero, a diferencia del viejo Ebó, ella tarda mucho en responder cuando la llaman por el nombre hispano que le han dado. Todavía le cuesta renunciar a ser quien es y olvidar el nombre que su madre Abeni quiso que ella llevara.

Ebó la mira desde la puerta del granero. Adaeze, en tanto, se asegura de que las nuevas esclavas hayan entendido el manejo de los quehaceres y por unos momentos le devuelve a Ebó la mirada. El viejo hace un gesto afable que intenta ser una muestra de alegría. Quiere ir a abrazarla y besarle la frente, contarle a ella lo que no ha dicho a nadie. Pero las ideas revolotean en su cabeza sin llegar a convertirse en palabras. Entonces cierra los ojos y regresa a su mundo interior. Allá adentro, la imagina sentada frente a él mientras le dice:

—Yo también soy de la tribu Jelofe y llegué a estas tierras hace muchos años navegando a través del triángulo de la muerte. Los hombres blancos arribaron a la costa con sus naves cargadas de ron, armas y tabaco. Toda esa mercancía fue intercambiada por el marfil de nuestros elefantes y por hombres y mujeres de la tribu. Al llegar a



América, fuimos vendidos por el doble del valor de aquella mercadería, para hacer un buen negocio con la venta. La mitad de los que vinieron en la bodega del barco no pudo resistir el viaje y murieron a mitad del camino. Todos sufrimos lo mismo, pero yo no tuve el valor de rebelarme. Me mantuve sereno y resignado mientras el negro Mendoza se alzaba con otros cien hacia las lomas de San Juan. No tuve la valentía necesaria para seguir al negro Diego, cuando, junto a doscientos esclavos, se rebeló en Azua y en La Vega y, luego de muchas batallas, sucumbió ante sus armas poderosas. No me atreví a seguir al negro Vaquero ni al negro Sebastián, cuando peleaban por nosotros en las lomas del Cibao y del Bahoruco...

—Hermano Ebó, qué bueno verte —ha dicho la voz cantarina de Adaeze, sacando de su abstracción al viejo. Luego pregunta en tono bajo—: ¿Cómo están las cosas en esta hacienda?

—Igual que siempre —responde Ebó con parquedad, y agrega—: Y yo un poco más viejo.

—Usted se parece mucho a mi padre Rahila. Si fuera más alegre, diría que son idénticos. ¿Por qué nunca sonríe?

—Quisiera hacerlo, mi niña. Ser un negro alegre y parecerme a tu padre.

—Entonces, ¿por qué no lo hace? —replica Adaeze.

Ebó mira hacia las lomas, inclina un poco la frente por la vergüenza del mea culpa de la respuesta y afirma casi para sí mismo:

—Porque hace más de treinta años que los amos se robaron mi sonrisa.

El carimbo

Una cicatriz es lo que sucede
cuando la palabra se hace carne.
LEONARD COHEN [1934 – 2016]

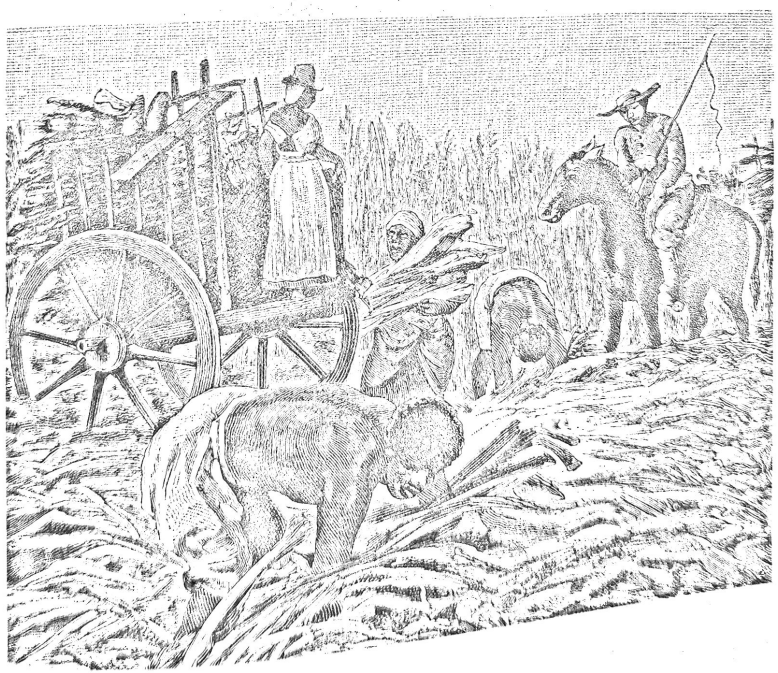
64 El sol del Caribe atosiga inclemente la faz de Amari. Un sudor espeso recorre su espalda y a veces desemboca en las manos donde va uniéndose a las úlceras de las ampollas recién reventadas. El picor le avisa que aún no han cicatrizado, y la sal que va emanando de la piel se une al dolor y acrecienta las molestias.

Cientos de negros bozales y ladinos están diezmando la trocha y cortando la gramínea que luego será convertida en el azúcar que demanda Europa. El canto que pasa de alabanza a rebeldía se confunde con varios dialectos de los negros que aún no cumplen el primer año en la isla.

El gruñido de los caporales se agrega al caos de la jornada del corte, y se torna difícil diferenciar un vocablo de otro en esas circunstancias. Solamente los grilletes que aprisionan la parte inferior de las extremidades logran que el grupo se mantenga unido. Aunque están en medio de la misma tragedia, algunos quisieran estar lejos del miembro de la tribu del cual no reconocen la lengua ni la procedencia; y, cada cierto tiempo, se pelean por un sorbo de agua o un pedazo de pan.

Dentro de aquel litoral de hombres a medio vestir, descalzos y agobiados por las altas temperaturas, solo Amari lleva una camisa raída, que quiere ser blanca y no llega a un color definido. Unos pocos negros tienen igual prenda; pero la tienen amarrada alrededor de la cintura, a diferencia de Amari que la lleva puesta en la forma habitual.

Pocos lo han visto con el torso desnudo. Ni siquiera Adaeze ha tenido la oportunidad de hacerlo. Amari cubre la espalda con el mismo pudor con que se cubren el bajo vientre las mujeres. Aunque no ha mencionado la razón, Adaeze lo intuye con gran claridad. Desde que fuera apresado luego de la fuga del mercado de esclavo, no quiere que nadie mire la marca del carimbo que lo señala como propiedad de Francisco de la Vega.



Recién ha terminado la jornada del día y los esclavos van de regreso al barracón. Adaeze aprovecha la oscuridad para pasar suavemente la mano por la espalda de Amari. En un principio él rechazaba la caricia. Pero poco a poco ella fue ganando terreno; y ahora responde al estímulo con un ligero temblor y luego cierra los ojos para evitar que ella se percate de que el llanto acude junto con la sensación de impotencia.

—En cualquier momento me iré a reunirme con los otros.

La frase de Amari es apenas un murmullo, un soplo inaudible para que el mensaje tenga un solo destinatario y así salvaguardar la seguridad de ambos. Pero el impacto en el corazón de Adaeze tiene el estruendo de un martillazo. Tarda unos minutos en reponerse, ya casi es la hora de que cada uno vaya al lugar que tiene asignado; pero ella no quiere que la noche transcurra sin contestarle lo que ha dicho, sin mirarle a los ojos para que también se lo diga con la mirada, sin preguntar por qué razón la dejará en medio de aquel laberinto de sufrimientos y cadenas.

—¿Qué va a ocurrir conmigo? —le espeta casi con brusquedad. Sin dejar que le conteste, agrega—: ¿Qué será de Abdou? ¿Qué pasará con nuestras vidas?

Amari hace un intento de responderle, pero el abrazo de ella lo entumece. Parece un bloque de piedra. Ninguna palabra, ningún movimiento, nada muestra lo que sucede en su interior. Un golpe que se acrecienta se encona en sus

sienes. El corazón late a prisa, pero las palabras no llegan a su boca. Salen de su pensamiento; pero, en el trayecto hasta la lengua, dejan de tener sentido para que él no encuentre cómo decir lo que le taladra el pecho en ese momento.

Adaeze lo aprieta contra ella atesorando cada segundo que la vida les ha permitido estar juntos. Sabe que, a partir de ahora, todas sus ilusiones empiezan a desmoronarse. La existencia le ha quitado la compañía de Abeni y de Rahila, jamás volverá a la tierra de la tribu y en cualquier momento también tendrá que renunciar a la mirada dulce de Amari.

—Tienes que entender que debo escapar —la voz de Amari se hace pequeña para escabullirse en el silencio de la noche que reina, para que solo ella escuche el dolor de esa declaración—: Sabes que te amo más que a nada —agrega. Luego la abraza fuerte, pues ya debe ir al barracón o correrá con la suerte de otro castigo.

Adaeze se aleja de sus brazos para mirarlo a los ojos en lo que va a decirle:

—Te seguiré a donde vayas. Tu vida es mi vida, y tu suerte es mi suerte.

Amari toma las manos de Adaeze y, mientras las besa, la mira con admiración para cerrar la conversación y comenzar un nuevo pacto:

—¡No, mi amor! Tu lugar es aquí, en la hacienda; y el mío es allá, en las lomas azules. Yo debo unirme a los otros para formar un grupo fuerte con el cual lograremos la victoria. Y tú, debes seguir tejiendo los mapas de la libertad para que Abdou crezca libre, sin la marca del carimbo.

La noche

Siempre hay un tiempo para marchar,
aunque no haya sitio adonde ir.
TENNESSEE WILLIAMS [1911-1983]

68 Los primeros negros que se escaparon no tenían un líder. Los más intrépidos sorprendieron a dos negreros que ya estaban borrachos y los golpearon con un palo de guayacán. Salieron en un tropel desenfrenado, en una hora difusa entre la medianoche y la madrugada. Algunos que querían fungir de guías invocaban calma y sigilo, hacían señas con desesperación llamando al silencio, poniendo un dedo sobre los labios gruesos en un vano intento de organizar la huida.

El caos reinaba y era casi imposible encauzar aquel remolino de hombres y mujeres que querían escapar del infortunio. Todo dificultaba la tarea de armonizar tantos deseos reprimidos, demasiado dolor contenido para represarlo ante la posibilidad de verse libres. Los jelofes bozales no entendían a los de Nigeria.

2— Jẹ ki a lọ si isalẹ odo —gritaba un negro bozal procedente de Nigeria.

3— Kuphephile ngenxa yomthambekawentaba —argumentaba un esclavo de tamaño descomunal, en la lengua de los zulus.

Los llegados de Sudán y del Congo no tenían como lengua común ni el castellano de los ladinos ni los dialectos del Senegal. Aquel maremágnum de sonidos guturales en cualquier momento arruinaría la escapada.

Del barracón de los varones no todos se atrevieron a emprender la marcha hacia la noche desconocida. Algo más de dos docenas apostaron por la vida fuera de la hacienda. Iban mancornados en bloques de dos y tres, con una cadena que salía de la argolla alrededor del cuello hasta una de las extremidades. El correr se convertía en un suplicio, pero no había otra oportunidad. Era ese momento o jamás ocurriría.

La noche anterior, la hacienda estuvo de fiesta. El cumpleaños de la hija de los señores Balboa era el motivo para la juerga que se prolongó hasta la madrugada. El hartazgo de comida fue más de lo habitual. Barricas de

2. Expresión en lengua yoruba para decir: vámonos por el río.
3. Expresión en lengua zulú para decir: escapemos por la falda de la montaña.

alcohol destilado de la caña se unieron al jolgorio propio de la fiesta para dejar extenuados a comensales, anfitriones y negros que coparon la hacienda.

La parranda terminó relajando las normas de seguridad y abriendo una brecha para el momento esperado por los esclavos. Solo los varones adultos fueron encadenados a la tranca de madera que atravesaba el barrancón. A las mujeres, por una suerte de gracia por el trabajo que habían realizado en las labores de preparación de la celebración del cumpleaños, las dejaron volver a su barraca sin encadenarlas, como era la costumbre.

Tampoco las negras se pusieron de acuerdo con la hora y el motivo de la fuga. Una parte que ya tenía pareja sentimental, ante la negativa de su compañero de vida de intentar escaparse, optaron por ellas también permanecer en la hacienda. Otras, si bien no tenían consorte por este haber muerto en el ingenio, decidieron quedarse para no emprender la jornada llevando con ellas a las crías que seguro no resistirían el viaje.

Los primeros veinte hombres que salieron iban descalzos y casi desnudos. Un taparrabo exiguo era todo lo que tenían por vestido, sin armas, ni siquiera un garrote o algún trozo de metal con qué defenderse o atacar, pues las manos permanecían ocupadas tratando de ahogar el sonido de las cadenas en el trayecto de salir de la hacienda.

Las mujeres caminaban detrás. Un ropaje rústico intentaba cubrir sus cuerpos, pero no llegaba a indumentaria ni a vestido. Las más decididas, desde la anterior habían ocultado en los cabellos, semillas de maíz, de frijoles

a
e-
a
a-
te
ar-
as

cal-
que
al-
las
so-
da.
o in-
enta-
r ha-
ijoles

y guisantes, con la recóndita esperanza de alcanzar la libertad y comenzar de cero. Todavía no precisaban el lugar; pero, adonde llegaran en su huida, bendecirían la tierra, iniciando el sembradío para la subsistencia. Ellas, al igual que los hombres, escapaban descalzas.

La negra de menor edad iba a la vanguardia de aquella expedición hacia la libertad desconocida. Al principio se opusieron a que ella los acompañara siendo tan jovencita; pero terminaron aceptando la necesidad de su compañía: era la única que tenía el pelo tejido, y en su cabeza reposaba el código secreto para que tal jornada tuviera éxito. Allí, en la cabeza de una muchachita, estaban inscritos los vericuetos del camino.

Más que un peinado para la vanidad de la mujer, ella llevaba sobre los hombros la brújula que los guiaría hacia las lomas. Aquellas trenzas de greñas ensortijadas eran los planos del pueblo que soñaban, el lugar donde la vida quizás fuera posible, donde no importaría si te raptaron en Nigeria, si te revendieron en Portugal, si llegaste desde África como bozal o España te envió como ladino. En la pequeña cabeza de la negrita anónima que corría delante, estaba cifrado el mapa de la libertad.

Las lágrimas corrían mejillas abajo atravesando el rostro de Osmany. Levantaba los brazos hacia el cielo en señal de gratitud, agradeciendo la bendición de aquel

respiro de libertad. Hizo un breve alto en el camino para gritar a voz en cuello:

[4]—¡O ṣeun, Ọlọ run rere!

A sus espaldas, un coro de voces agradecidas se sumó a la alabanza:

[5]—¡Ẹ ṣeun, Olúwa ọ run, tí ẹ fún wa ní òmìnira!

Ocho horas más tardes tenían al frente, aunque distantes, las montañas y el Maniel. Cansados y sedientos, estaban acercándose a la meta. En el camino habían quedados unos cuantos hombres y varias mujeres que no pudieron atravesar con éxito los riscos y las cañadas. La jauría se escuchaba cada vez más cerca; los negreros de a caballo los perseguían poseídos por una mezcla de sentimientos que iban del odio a la venganza, de la impotencia al temor de alguna consecuencia por parte de la Corona de España.

Cuando lograron internarse en las faldas de las primeras lomas, una ráfaga de alegría iluminó los rostros sudorosos de los sublevados. Solo una nube mala opacó el éxtasis de aquel momento. A lo lejos, los perseguidores habían dado caza a unos cuantos esclavos rezagados, que ahora colgaban de las ramas más altas de un algarrobo, como una advertencia futura de lo que pasaría.

4. Gracias, Dios, por dejarnos escapar.
5. Gracias, Señor, por darnos la libertad.

Amari miró hacia atrás para ver el sendero de infortunio que había transitado. El color de las lomas y el aire dulzón que ya se respiraba trajo un aluvión de felicidad a su alma atormentada. Hacía mucho tiempo que no lloraba; pero ahora lo hacía por el desgarramiento de saber que Adaeze aún estaba en el infierno del ingenio de Nigua.

Hay que seguir bailando

Con los ojos, oigo el discurso de tus cicatrices.
MANUEL DEL CABRAL [1907-1999]

El rumor iba y venía en la grupa de los vientos que surcaban Europa. Salía desde España con rumbo a Portugal, apenas en una señal discreta con la mano; otras veces era el guiño solapado hacia el negro encadenado en el barco que partía. Otras tantas, se traducía en una contraseña gestualizada con el bembo hasta llegar al Caribe, convertida en ronco mensaje de tambor, en grito percutido en la noche gigantesca que caía sobre la trocha y el ingenio, hasta llegar a la cabeza de las niñas en forma de tejido y esperanza, en bitácora de sueños por cumplirse, en alegoría tejida con pretensión de libertad.

«Uno de los lembas está hablando por nosotros en las lomas de la colonia», declaraba el rumor.

Entonces comenzaba a tomar fuerza aquella expresión tan simple. «Uno de nosotros», repetían un centenar de bocas mirando hacia las alturas. La frase emigraba con otros sonidos a la lengua yoruba. Cruzaba el barracón donde estaban hacinados los bozales; y, por un momento, las cadenas empezaban a flotar, a volverse ingrávidas ante la noticia de que el sueño era posible.

«Hay un grupo jelofe en la cima del monte», secreteaba una voz en el hueco de la mina.

Y la buena nueva se transmitía en el dialecto de los zulús, en la lengua fula o en las voces originarias de los mandinkas. Se abría entonces el compás de espera para no sacrificar la lucha. No sublevarse ahora. No tirar por la borda las fuerzas necesarias para cambiar de vida. Aguantar los azotes sin levantar la voz, aceptar los castigos sin envalentonarse, ocultar la marca del carimbo candente, hasta que llegue el día de levantarse todos.

«Uno de nosotros es el lugarteniente del negro Sebastián. Mi hermano se escapó y anda a la par con Diego, el sublevado. Mi hija no es esclava, ella es la consorte que ama el Makandal...».

El fuego interior se apaciguaba ante la nueva utopía que comenzaba. Se cortaba la caña cantando, desde el amanecer en la plantación, hasta la oscuridad de la barraca. El hambre aguijoneaba menos y hasta el amor era posible, porque quedaba una razón recóndita para seguir de pie. Se llegaba a imaginar que el dios de los blancos haría las paces con el dios de los negros para buscar una salida al dolor de unos hijos y a la soberbia de otros.

Cada barco que atracaba en a la costa del Caribe traía en su vientre cientos de rostros que habían perdido la esperanza, que preferían la muerte temprana al tormento diario del foete y el carimbo. Pero, al arribar, dejaban de ser ellos mismos. Algunos querían ser laditinos para tener el favor de los amos; o caporales, para tener acceso a la venganza; o cimarrones, para huir de

las cadenas. A fin de cuentas, ya eran otros. La tragedia los cambiaba para siempre.

Solo a veces, una gracia de don Diego, que ese domingo estaba muy contento, permitía una pequeña juerga. Entonces el tambor hablaba con su mágico lenguaje, con el golpe que invocaba el sudor, la sensualidad y el ritmo: ¡ran rataplán; tantarán; tantarán!

La mano de Osmany percutía con cadencia sobre el cuero atesado. El sonido gutural del instrumento se amplificaba en el cilindro de madera. Se propagaba en el viento, embriagando los cuerpos de un ritmo que adormecía los músculos agotados por la faena, llenándolos de un profundo frenesí. La negra culipandeaba el baile, contorsionándose en un rito que la transfiguraba hasta olvidar las alambradas que cercaban el ingenio, borrando las cadenas de los pies, saciando los estómagos vacíos, llenando de lluvia fresca el corazón abatido por la aridez de la pena y el desconsuelo.

El negro bailaba sin pudor, dejando, a la vista de todos, la cicatriz que atravesaba el rostro, la marca de la espalda que atestiguaba los derechos del amo, hasta que el cañaveral se transfiguraba y era África de nuevo. El esclavo recobraba en el baile la llanura de Senegal, los bosques del Sudán y la selva del Congo. Era solo una hora. Una brecha de tiempo robada a una tragedia colectiva, un pasadizo que se abría entre el desamparo y la ilusión, un roce entre dos pechos, la ondulación de una cintura, el aroma del pelo, el furor de los ojos, la ráfaga de erotismo contenido, la certeza dulcísima de saberse deseado o

deseada, la promesa de un beso, la glorificación genuina de aparearse.

Era solo una hora que el buen ánimo de don Diego regalaba; pero para ellos era una luz para seguir el rastro, una tregua que les permitía mantenerse en la batalla diaria. En medio de la noche que caía, de boca en boca corría un mensaje enardecido:

«Uno de nosotros es el lugarteniente del negro Sebastián. Mi hermano se escapó y anda a la par con Diego el sublevado. Mi hija no es esclava, ella es la consorte que ama el Makandal...».

El comienzo de la revuelta

Qué pequeña es la luz de los faros
de quien sueña con la libertad.
JOAQUÍN SABINA [ÚBEDA, 1949]

Adaeze no pudo ver la realización del sueño por el cual luchó desde que fue raptada de la orilla del río, hasta el último momento de su vida en la hacienda. Muchos años de castigos y tareas agotadoras se sumaron a la pulmonía contraída y su cuerpo no pudo resistir tal embestida.

Aquella mañana que no se presentó a la hacienda antes de la salida del sol, el caporal, fusta en mano, fue hasta el barracón para traerla a latigazos. Pero ya no haría falta. La muerte la sorprendió en la madrugada de aquel día de octubre, sin darle oportunidad de despedirse de su hijo, y sin esgrimir una sola queja del dolor que la consumía.

Cuando Francisco de la Vega y otros guardias interrumpieron con gran alboroto en el asentamiento donde estaban hacinados, encontraron a Abdou, que lloraba en silencio ante el cadáver de la madre, sosteniendo entre las manos la máscara ritual que ella talló con un cuchillo de mesa y apoyando la cabeza en otro esclavo que se solidarizó con su dolor.

Otras mujeres la habían vestido mientras cantaban una alabanza. Llevaba un vestido de blanco impecable y un ramo de flores debajo de la nuca. El camastro serviría de parihuela para llevarla hasta el patio de la hacienda, donde habían enterrado a los que murieron antes, por si fuera el caso de que, en un acto de desprendimiento, les dieran el permiso para darle sepultura.

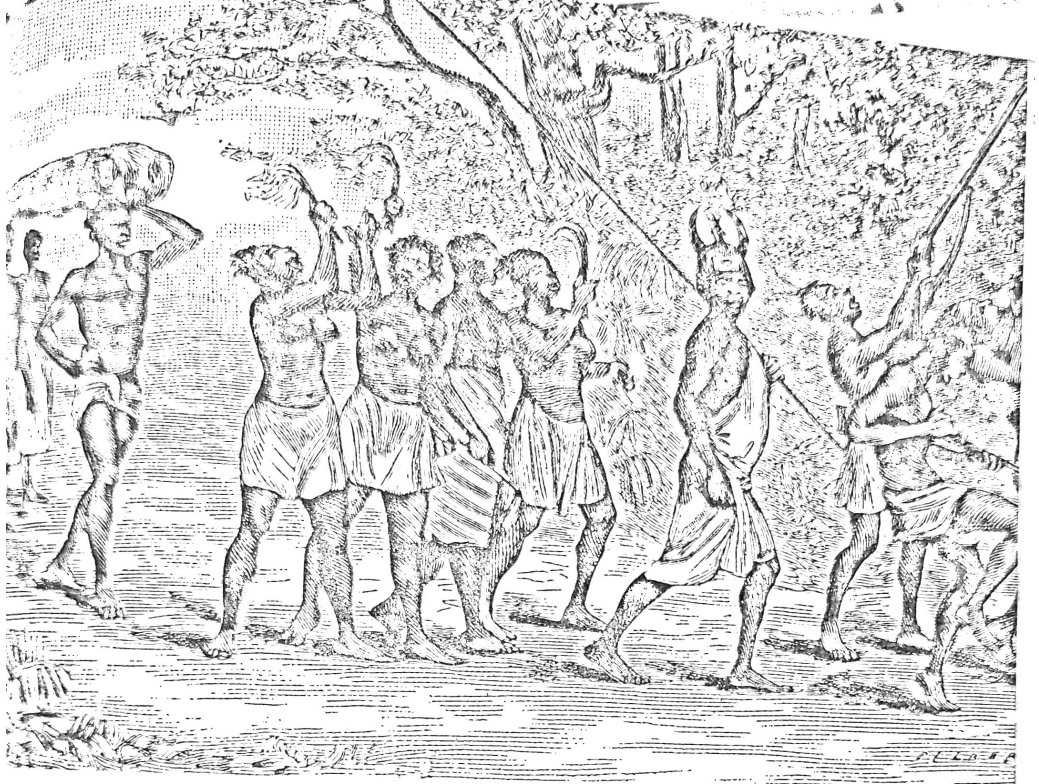
El caporal hizo intento de golpear al primer negro que encontró en su camino, pero aminoró su enojo ante la muestra de dolor que reinaba en el barracón. Con un movimiento de cabeza, hizo una señal a los otros que lo acompañaban, para que abandonaran el lugar. Y se limitó a decir entre dientes:

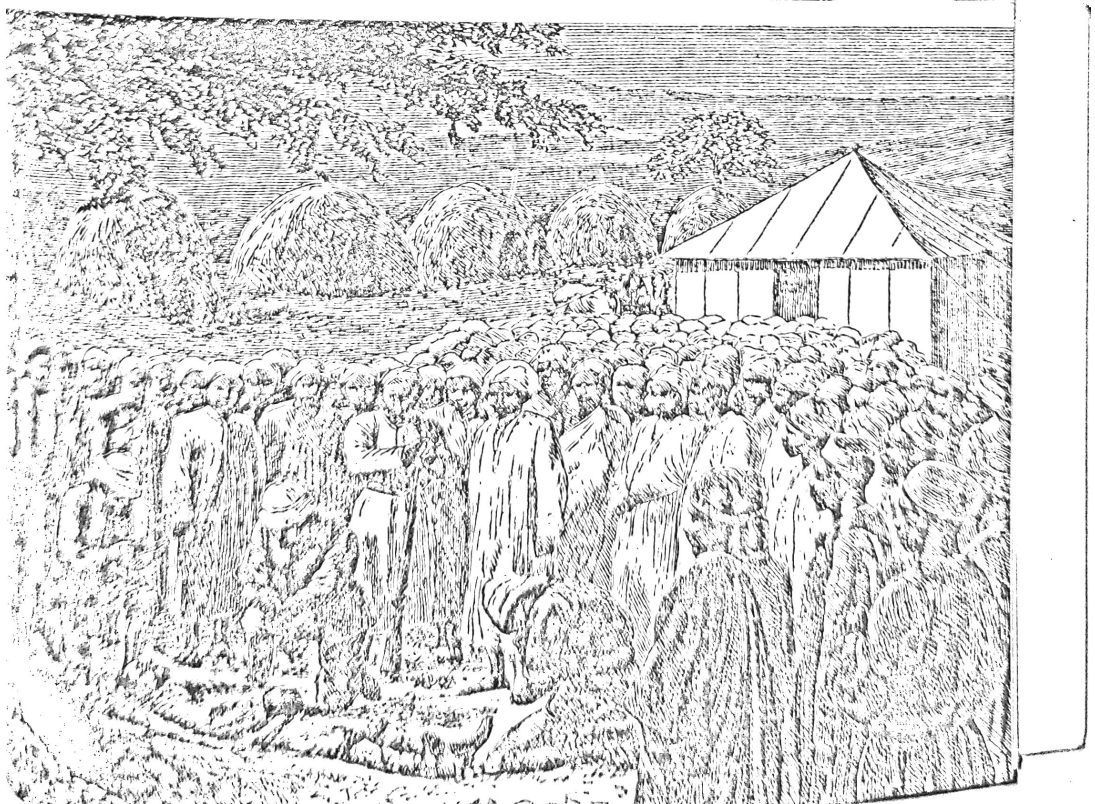
—Tienen veinte minutos para enterrarla y volver al trabajo.

La salida del sol aún estaba algo distante. Cuatro hombres de los más jóvenes llevaban el camastro sobre los hombros. Las mujeres cantaban en voz baja, y el esclavo de mayor edad iba golpeando levemente el cuero que cubría la boca del tambor. Un grupo de esclavos procedente de otras tribus se había sumado al cortejo.

Alguien traducía a otra lengua las palabras que improvisaba una de las ladinas frente a la fosa que dos hombres picaban a toda prisa donde por fin descansaría Adaeze:

«Ẹ̀ mí rẹ padà sí ibi tí ó ti wá. Ìwọ ni arábìnrin ọkùnrin, ẹ̀ranko àti ayé. Àwọn ènìyàn búburú dì ẹsẹ̀ rẹ mọ́lẹ̀, wọ́n sì pá ẹnu rẹ mọ́lẹ̀, ṣùgbọ́n kò sí ohun tí ó lè fi ọkàn rẹ sẹ́wọ̀n. Ó ń bá àwọn baba ńlá sọ̀rọ̀ fún wa».





[Tu espíritu regresa al lugar de donde vino. Fuiste hermana de los hombres, de los animales y de la tierra. La gente malvada encadenó tus pies y cerró tu boca, pero nada pudo aprisionar tu alma. Habla por nosotros con los antepasados].

Pronto había que volver al ingenio, a la molienda de la caña, al calentamiento del guarapo para el azúcar requerido, al trabajo duro en la trocha hacia el cañaveral, a la muerte lenta en el caserón que albergaba el ingenio de Nigua.

Dentro de unos minutos, todo volvería a lo mismo, sin rastro de aquella existencia que se había escapado, olvidando minuto tras minuto la lucha que ella había librado desde que fue atrapada, hasta que la enfermedad le quitó la vida. Al igual que Ebó, Adaeze se quedaba a mitad del camino. No vería las lomas azules que tantas veces aparecían en sus sueños; el lugar mágico y amado que ella anunciaba en los tejidos de las trenzas; el hogar lejano del que ella murmuraba, en la quietud de las noches, cuando los señores dormían en sus grandes alcobas.

Cuando la última carga de tierra selló el nicho de Adaeze, los negros se apresuraron a regresar a la faena, antes de que el caporal Francisco de la Vega volviera a buscarlos por la fuerza. Los más jóvenes fueron los primeros en marcharse; luego, los de mayor edad; y, por último, las mujeres que habían preparado a la difunta para su última morada.

Abdou permanecía aturdido frente a la tumba. Todavía no podía creer que su madre se había marchado

para siempre. Ella, que lo sabía todo como el viejo Anán de la leyenda.

La última en marcharse volvió la vista atrás y vio con empatía cómo aquel muchacho tocaba el tambor, mientras no podía reprimir las lágrimas que contuvo durante mucho tiempo. Se devolvió para abrazarlo. Lo miró a los ojos y preguntó con algo de tristeza:

—Y ahora, ¿qué haremos?

Quiso justificar la interrogación con algo que hasta ese momento era desconocido para Abdou. Miró hacia el ingenio, sabiendo que ya era hora de volver; de lo contrario, podía ganarse una docena de azotes por la tardanza. Luego añadió:

—Tu mamá era una especie de guía. Para nosotras era más que una amiga, era una líder que inspiraba con las palabras y con el ejemplo.

Abdou sintió un gran sentimiento de paz al saber que el paso de Adaeze por la vida no había sido inútil. Le puso el brazo a su interlocutora sobre el hombro, y le comentó suavemente:

—Seguir luchando, seguir en la batalla diaria con la misma gana con que lo hacía ella, querida hermana.

Cuando se aproximaron como a diez metros al ingenio que ya reverberaba en la molienda, le afirmó en tono de despedida, lo que su madre quizás le hubiese dicho:

—Hay que retomar el camino. Debemos seguir mirando el tejido de las trenzas en la cabeza de las niñas, hasta que llegue el día en que todos podamos reunirnos en las alturas de los montes, en la cúspide de las

lomas azules que están después de la alambrada. Y podamos sentarnos a la mesa con los hermanos Mayombé, Teysselo y François Makandal. Justo allá, donde viven los otros...

Fin

Ruinas del Ingenio de Boca de Nigua
Primavera de 2022

Glosario

- **Barbacoa**. Conjunto de palos de madera puestos en un hoyo en la tierra, a manera de parrilla, para asar carne.
- **Bembo**. Dicho de una persona de labios gruesos. Especialmente el del negro bozal.
- **Burén**. Instrumento a manera de parrilla usado por los taínos para cocinar el casabe.
- **Calembos**. Nombre de unas de las tribus traídas desde el África y esclavizadas en América.
- **Caporal**. Persona que hace de cabeza de algún grupo y lo manda. Generalmente tiene a su cargo el ganado que se emplea en la labranza.
- **Carimbo**. Hierro candente para marcar reses. Durante la esclavitud en América, se utilizó para indicar el nombre del esclavista que había comprado al esclavo.
- **El Maniel**. Refugio de esclavos africanos y de indígenas donde se asentaban aquellos que escapaban de la esclavitud durante el siglo XVI.
- **François Makandal**. Líder importante de la rebelión de esclavos en Santo Domingo. Se le atribuían poderes mágicos.

- **Jelofes**. Una de las tribus cuyos miembros fueron esclavizados y traídos a América.
- **Laúd**. Instrumento musical de cuerda parecido a la bandurria, pero de caja más grande y sonido menos agudo que ella.
- **Lembas**. Una de las tribus cuyos miembros fueron esclavizados y traídos a América.
- **Leyes de Burgos.** Primeras leyes que la Monarquía Hispánica dictó para su aplicación en las Indias, el Nuevo Mundo o América, en las que abolió la esclavitud indígena y organizó su conquista. Fueron firmadas por el Rey Católico Fernando II, el 27 de diciembre de 1512, en la ciudad de Burgos.
- **Mayombé**. Negro esclavizado que se alzó en contra de la esclavitud.
- **Mamba**. Serpiente del África tropical, de gran tamaño y muy venenosa.
- **Negrero**. Persona que se dedica a la trata de negros.
- **Negro bozal**. Dicho de un esclavo negro, que estaba recién sacado de su país.
- **Negro ladino**. Negros cristianizados mencionados en los documentos de España, La Española y el resto del imperio español.
- **Negro Diego**. Negro que fungía como líder de una sublevación de esclavos.
- **Negro Mendoza**. Negro que fungía como líder de una sublevación de esclavos.
- **Negro Sebastián**. Uno de los líderes de las primeras revueltas de esclavo en Santo Domingo.

- **Nigua**. Insecto afaníptero originario de América y muy extendido también en África. Es parecido a la pulga, cuyas hembras fecundadas penetran bajo la piel de los animales y del ser humano, donde depositan sus huevos, lo que ocasiona picazón y úlceras graves.
- **Pontón**. Buque viejo que, amarrado de firme en los puertos, sirve de almacén, de hospital o de depósito de prisioneros.
- **Tejamaní**. Tabla delgada y cortada en listones que se colocan como tejas en los techos de las casas.
- **Teysselo**. Negro alzado en las lomas huyéndole a la esclavitud.
- **Triángulo de la muerte**. El comercio triangular esclavista consistía en un sistema de comercio en el que los barcos navegaban por el océano Atlántico tocando tres regiones diferentes: salían de Europa, llegaban a África, de allí hacia América y por último volvían a Europa. El barco siempre iba cargado con mercadería para la venta.

Aquí acaba este libro

escrito, ilustrado, diseñado, editado e impreso

por personas que aman a los libros.

Aquí acaba este libro que tú has leído,

el libro que ya eres.

Otros títulos publicados en esta colección

Antologías

Cuentos de los abuelos

Cuentos de mujeres

De Sur a Norte

Honor trinitario y otros cuentos

La ciguapa, el pícaro y la dama

Bismar Galán

Amigos adolescentes

Cómo comprender a mis padres

El violín de Larimar

Isleña

Tú serás mi novia

Joheves García

Sus chats, princesa Koco

Yuan Fuei Liao

Cuentos cortos en un libro con título largo

Lorena Oliva

La ley del silencio, bullying

Joan Prats

Débora y la casa al borde del infinito

Virginia Read Escobal

La última Ceiba

Miel de viejas

Un maestro en la montaña

ISBN: 978-9945-24-553-0
9 789945 245530

César Sánchez nos presenta personajes profundamente humanos y complejos, como Adaeze, cuya fuerza interior y determinación la convierten en un símbolo de resistencia ante la opresión. A través de su historia, César nos recuerda la capacidad del ser humano para encontrar esperanza, incluso en los momentos más oscuros.

«El mapa de la noche» es una obra conmovedora y provocativa que nos invita a reflexionar sobre la historia de la esclavitud y sus impactos duraderos en la sociedad moderna. Con una prosa magistral y personajes inolvidables, César Sánchez nos ofrece una visión de la lucha por la libertad y la dignidad humana.

loqueleo